

ala delta

Carlos PUERTO

NIÑA CLAUDIA



Claudia vive en Nicaragua. Como a todos los niños, le da miedo la noche, hasta que conoce al fantasma de la sábana negra; le asusta el mar, hasta que se hace amiga del pulpo con sombreros; los volcanes...

Carlos Puerto trabaja en la programación infantil de TVE y ha escrito, entre otros, parte de los guiones del popular programa «Barrio Sésamo». Le gusta mucho viajar y sus viajes le sirven para recoger material de sus libros.



Carlos Puerto

Niña Claudia

Ala Delta (1987-1990) - Serie Azul 16

ePub r1.0

Banshee 01.11.13

Título original: *Niña Claudia*

Carlos Puerto, 1987

Ilustraciones: Carmen García Iglesias

Diseño de portada: José Antonio Velasco

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0



En recuerdo de una niña
a quien quise mucho, que pudo
ser mi compañera del alma
y a la que una guerra
se llevó.

Niña Claudia

NIÑA Claudia, no llores... —la mano negra acarició la húmeda mejilla de la pequeña. Había un enorme contraste entre las dos personas, sentadas, abrazadas a la orilla de la laguna. Gladys era enorme, casi desproporcionada, con el mismo color de piel de sus antepasados, negros cautivos, negros esclavos, negros siervos. Pero en esa enormidad de su cuerpo había una ternura igualmente enorme. Cada vez que estrechaba contra sí a su niña Claudia, parecía como si fuera a destrozarla, a asfixiarla entre los pliegues de su carne. No era así. Por el contrario, el cuerpo de la criada era mullido, cálido, como el nido de una de las numerosas aves acuáticas que ahora parecían reposar en la oscuridad de la noche sin luna.



Claudia era blanca, curiosamente blanca para aquel país caribeño, entremedias de un mar y un océano. Sus ojos claros parecían querer observarlo todo, quedarse con las imágenes en la retina y así conservarlas cuando los párpados se cerraban en las horas de sueño. Su cuerpo diminuto se vestía con amplias faldas que protegían del calor, dejando, por el contrario, los brazos al aire. Claudia era una niña muy alegre, pero de un tiempo a esta parte no paraba de llorar.

—No llores, niña Claudia, no llores... —le consolaba Gladys mientras la mecía amorosamente. La pequeña, antes tan bulliciosa, tan revoltosa incluso, se había apagado como un cirio de la iglesia cuando su mamá había muerto, dos años atrás.

—Mamá Leticia está en el cielo —solía recordarle Gladys señalando siempre hacia arriba, hacia ese cielo azul incomparable que ahora, desdichadamente, solía ser

cruzado por extraños aviones de países extranjeros empeñados en traer la desolación y la muerte al suyo—. Mamá Leticia está allí, y te ve, y te sonrío, niña Claudia, por eso no debes llorar. A mamá Leticia no le gustaría verte llorar, a mamá Leticia le gustaba mucho que siempre estuvieras contenta. Me solía decir: «Gladys, lo que más me gusta de Claudia es su alegría incontenida, siempre está de buen humor, siempre está riendo...». Y yo le contestaba: «Mamá Leticia, eso es porque la niña Claudia es feliz».

Pero ahora, la niña Claudia lloraba por cualquier cosa. Gladys solía calmarla contándole cuentos curiosísimos, pero cuando esto no funcionaba, sólo una cosa parecía aplacar las lágrimas de la niña. Gladys la cogía de la mano, cruzaba la calle polvorienta, se acercaba hasta la catedral y allí dejaba que la pequeña avanzara sola por entre los bancos de madera. A través de las vidrieras, ahora incompletas por la irresponsabilidad de la guerra, se filtraba un sol multicolor que llegaba hasta el altar. Y allí, en la parte superior, unos angelotes de piedra parecían querer echar a volar en cualquier momento. Sólo uno conseguía el milagro de tranquilizar a Claudia. Era aquél de la

izquierda, el que estaba más arriba de todos («el que estaba más cerca del cielo», según Gladys) y que no cesaba de sonreír.

—¿Te acuerdas, niña Claudia? Un escultor muy famoso vino un día a casa y habló con mamá Leticia. Tenía un encargo de la iglesia y quería adornar el templo con los más bulliciosos habitantes del reino celestial: los querubines, los serafines... Y había pensado que todos aquellos ángeles deberían tener el rostro de algunos de los niños de la ciudad.

—Aquí no hay niños —respondió mamá Leticia—. Sólo mi hija Claudia...

—A ella es a la que quiero —interrumpió el escultor famoso—; quiero que ella pose para mí, si usted me lo permite, claro está, porque quiero que uno de los ángeles de la catedral lleve su rostro.

Mamá Leticia dijo que tenía que pensarlo, pero en el fondo estaba feliz, orgullosa de que alguien se fijara por primera vez en su hija Claudia, a la que tanto quería y en la que tenía puestas las mayores esperanzas.

—Claudia, ¿te gustaría convertirte en un angelote?

La niña se echó a reír. Si era una niña, ¿cómo iba a convertirse en un angelote? Pero dijo que sí. A todo lo que le pedía su madre decía que sí, sin comprender muy bien qué significaba todo eso de «posar», del «famoso escultor», de los «querubines», de quedar «inmortalizada en piedra»...

Al principio estuvo muy quietecita, tan quietecita que Gladys y mamá Leticia la observaban a escondidas y se reían. «¿Qué le habrá pasado? Jamás ha estado tan quieta...». «Será la responsabilidad, mamá Leticia; se siente importante y no quiere estropear la confianza que ha puesto en ella». Pero eso duró unos pocos días. Hasta que apareció la mosca. Era una mosca pesada, de las que se empeñan en revolotear por delante de las narices de uno. Claudia empezó soplando disimuladamente, pero a la cuarta vez que el escultor le dijo: «Niña, estáte quieta de una vez», ella, que había hecho filigranas para espantar a la mosca estándose quieta, pegó un respingo y se puso a correr por todo el estudio persiguiendo al impertinente insecto alado que se limitaba a dar saltos, a revolotear, como burlándose de un humano tan impaciente, pero tan torpe.

—Niña, por favor, si no te estás quieta, no vamos a acabar nunca. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Te ha picado una avispa? ¿Tienes ganas de bailar un cha-cha-cha? ¿Te apetece un descanso?

Claudia explicó que, sencillamente, estaba intentando dar un escarmiento a una mosca que no paraba de incordiarla, pasando una y otra vez ante sus narices.

—¿Qué mosca? Pero si aquí no hay ni una mosca.

—Claro que hay una mosca. ¿Es que no la ve?

El escultor no veía más que el pedazo de piedra al que tenía que despojar de lo sobrante para dejarlo en la obra de arte con la que durante meses había soñado.

—Que sí, que sí, que hay una mosca muy gorda y muy mala que...

Claudia calló de repente. La mosca, en una pirueta incontrolada, había penetrado en una gruta oscura cuya existencia ni siquiera había sospechado. Pues la gruta era, ni más ni menos, que la boca del escultor, que se había quedado embobado contemplando una vez más lo que habría de ser su ángel futuro y que, por el momento, no era sino una especie de pequeña montaña a la que habían salido unos ojos tan bonitos, redondos y sorprendidos como los de Claudia.

—¡Cuidado, cuidado! —quiso gritar. Pero pudo más la risa y tuvo que taparse la boca con la mano para no soltar una carcajada.

El escultor notó algo en la garganta, saboreó no se sabe qué mirando al techo, carraspeó, se bebió un vasito de agua y cogió de nuevo el cincel.

—Venga, niña, por favor, cinco minutitos más. Y no me digas que esa mosca va a molestarte, porque no hay ninguna mosca.

—No, ya no —replicó Claudia con una sonrisa y siempre sin dejar de observar los gestos del escultor que no parecía haberse dado cuenta de que se había tragado una mosca. «Arremete las patas, que vas de viaje», le hubiera gustado decirle. Era parte de una broma que solía gastarle su madre cuando no quería comer. No me gusta esto, no me gusta aquello. «Mira, a mí también hay cosas que no me gustan. Y ¿sabes qué es lo que hago entonces? Pues pienso en que la comida me puede entender y le hablo con decisión».

—Y ¿qué le dices, mamá?

—«Arremete las patas, que vas de viaje» y, ¡zas!, me lo trago. Y si no le gusta, que se fastidie... ¿Acaso no me fastidio también yo comiendo lo que no me gusta?

Claudia se partía de risa con eso de «arremete las patas que vas de viaje» y de esta forma su madre había conseguido que le gustara comer de casi todo. De casi todo, menos moscas, como acababa de hacer el escultor, al que le entró una tos espantosa.

—¿Qué le pasa?

—Nada, algo que se me ha quedado aquí, en la garganta... como un pelo, y no quiere salir. — Beba un poco de agua.

—Nada, por más que bebo, nada. ¿Sabes una cosa? Lo vamos a dejar por hoy, tú estás nerviosa y yo sigo con esta tos...

En cuanto llegó a casa, Claudia se echó en los brazos de su madre y se lo contó. Leticia no sabía si regañar a su hija o reírse con ella, y la estrechó contra su corazón, mientras pensaba en la postura que adoptar para que el escultor no volviera a tragarse más moscas cuando la niña posaba para el angelote. Pero, ¿acaso la culpa era de Claudia? ¿O de la mosca impertinente? ¿O de la boca abierta del artista?

Cuando la escultura estuvo por fin terminada, el artista se negó a mostrar su obra hasta el mismo día de la inauguración oficial. De esta forma, Claudia tuvo que ir a la catedral aquel Domingo de Resurrección en que a los acordes del órgano se descorrieron los velos que cubrían a los angelitos del techo. Los feligreses no aplaudieron por respeto al lugar sagrado, pero luego se deshicieron en elogios sobre el resultado de aquel encargo, hoy materializado de forma tan sensible y emotiva.



Claudia clavó sus ojos en el ángel de la izquierda, el que estaba más arriba de todos. Decían que aquel ángel era ella o que, al menos, aquélla era su cara. ¿De verdad se parecía? ¡Sería tan hermoso que así fuera!, porque no cabía duda de que aquel angelito era el más bonito de todos, con su corta melena lisa, que resaltaba con los rizos un poco tópicos de los demás. El ángel, su ángel, era realmente diferente. Claudia sonrió. Como sonrió su madre cuando oyó decir que había uno precioso y se dio cuenta de que el público prefería a «su» ángel. Leticia pasó una mano sobre el hombro de su hija y la atrajo hacia sí. Las dos sonrieron. Gladys, desde un rincón de la iglesia, mientras el órgano lanzaba sus melodías gozosas, Gladys, con un pañuelo en la mano, lloró de emoción.

I. El fantasma de la oscuridad

POR favor, niña Claudia, no llores. —Tengo miedo.

—No tienes por qué tener miedo. Gladys está a tu lado, y si alguien viene a hacerte algo malo, tendrá que vérselas conmigo.

—Tengo miedo, Gladys.

—Mi pequeña, mi niña Claudia. No tengas miedo, no llores más. Tienes unos ojos muy bonitos, pero se te van a borrar si lloras tanto. No tienes que llorar porque yo estoy contigo.

—Es que...

—Dime, niña Claudia, dime, ¿qué te pasa? ¿Has vuelto a soñar?

Gladys se levantaba al menor ruido y corría al cuarto de su niña Claudia. Al principio, la pequeña le pidió que durmiera allí con ella.

—La oscuridad me da miedo, quédate aquí conmigo.

Estuvo a punto de ceder en un arrebató de cariño. Pero luego pensó en lo importante que era que la niña durmiera sola. Si desde entonces se acostumbraba a dormir sola, le sería más fácil vencer el miedo a la oscuridad.

—Si no te quedas conmigo, por favor, Gladys, deja encendida la luz.

—No, mi niña, la luz es para el día, para hacer cosas, para jugar y bañarse... Por la noche, para dormir, hay que apagar la luz.

—Es que me da miedo.

—No tienes por qué tener miedo. Yo estoy aquí. Cuando me necesites, me llamas y yo vengo corriendo.

Pero la niña se despertaba por la noche, sí, y llamaba a su mamá. Sólo después de unos momentos de angustia, cuando aparecía Gladys y la estrechaba contra su voluminoso pecho, Claudia empezaba a comprender que era inútil llamar a su madre, que su madre no volvería jamás.

—No llores más, niña Claudia...

—Tengo miedo.

—¿Por qué tienes miedo? Yo estoy aquí.

—La oscuridad...

—¿La oscuridad te da miedo? ¡Qué tontería!

—No es ninguna tontería, Gladys.

—¿Sabes por qué he dicho que es una tontería? Porque la oscuridad es maravillosa.

—¿Maravillosa? —preguntó Claudia incrédula. ¿Acaso estaba Gladys tomándole el pelo? ¿O hablaban de cosas diferentes?—. La oscuridad es mala, no se ve nada y aparecen los fantasmas.

—Pero, niña Claudia, ¿no comprendes que eso es precisamente lo maravilloso? Que no se vea nada es como cuando cierras los ojos. ¿Para qué cierra uno los ojos? Para dormir o para pensar...

—O porque te molesta el sol.

—Muy bien. Te molesta el sol y cierras los ojos. O te pones unas gafas oscuras. Quieres dormir y cierras los ojos. Nadie puede dormir con los ojos abiertos..., salvo algunos bichos que son así porque así los hizo Dios. Y para pensar, para pensar las cosas de cada uno, ¿qué es lo que

se hace?

—Cerrar los ojos.

—Eso es, niña Claudia. Pues la oscuridad es así.

—Y los fantasmas, ¿qué? Los fantasmas...

Gladys le interrumpió al tiempo que le hacía una caricia en su cara redondita:

—Los fantasmas no existen, niña Claudia, y tú lo sabes perfectamente.

—Ya lo sé... —dijo no muy convencida—. Pero a veces creo que van a venir por la noche y...

Antes de que la niña pudiera seguir con sus fantasías, Gladys puso uno de sus gruesos dedos negros en la boca, chistando, como avisando de que alguien se acercaba y habrían de hablar más bajo:

—¿Te he contado alguna vez la historia del fantasma vestido de negro?

—No... —Claudia abrió aún más los ojos, como si quisiera escuchar no sólo con sus oídos—.

No me la has contado nunca; Gladys, por favor, cuéntame la historia de ese fantasma...

—Para empezar, es una historia de mentirijillas, de un fantasma de mentirijillas, como son todos los fantasmas de los cuentos. Aunque éste era un fantasma diferente, porque la gente, cada vez que piensa en un fantasma, ¿cómo se lo imagina?

—Con una sábana por encima.

—Con una sábana, ¿de qué color?

—Con una sábana blanca.

—Eso es, blanca. Como tu piel, niña Claudia. Pero el fantasma de mi historia tenía una sábana del color de mi piel, tan negro como el café bien cargado.

—¿Un fantasma con la sábana negra? —Claudia intentó imaginárselo—. Qué raro.

—Bueno, todos los fantasmas son raros, porque, como no existen, tienen que ser muy, pero que muy raros para que alguien les haga caso.

—¿Y qué pasó?

—Pues verás: nuestro amigo el fantasma se había instalado en un caserón viejo y abandonado...

—¿Como la casa grande de la playa?

—Más o menos. La casa del fantasma era un poco más grande, pero también estaba descuidada... —Gladys interrumpió por unos instantes la narración de su historia para pensar en la casa grande de la playa. Había sido tan hermosa y ahora estaba literalmente deshaciéndose. Con la guerra provocada por los que no querían dejarlos en paz, los que no querían que aquel hermoso país pudiera renacer de sus cenizas, todo se iba descomponiendo y lo que envejecía tenía pocas posibilidades de ser restaurado.

—¿Y qué más?

—Abre bien los ojos, niña Claudia, ábrelos bien. La oscuridad no es mala, la oscuridad no asusta a nadie. Abre bien los ojos, mira, ahí está, ahí, ahí...

Claudia avanzó unos pasos. El salón de la casa grande de la playa tenía un roto en el techo por el que se filtraba la luz de la luna. Eran como las hebras de plata de los artesanos, como los hilos que utilizaban los chontales para unir las piezas que

componían sus collares de vértebras de tiburón. Sus pies cubiertos con unas sencillas sandalias hacían crujir el suelo de madera. ¿Qué es lo que estaba buscando?

—¡Huuuu, huuuu! —Claudia se volvió al oír el extraño ruido que se produjo a sus espaldas.

—¿Quién eres?

—¿Quién voy a ser? —respondió el otro con voz enfadada—. ¿Es que no lo ves?

—No veo nada —aseguró la niña, buscando por todas partes con su mirada—. Aquí no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? —protestó la voz—. ¿Acaso te burlas de mí? Mira que, como me enfade, te vas a arrepentir.

—Yo no me burlo de nadie —afirmó Claudia. Le fastidiaba que alguien le hablara desde la oscuridad, sin dar la cara, pero más le fastidiaba que encima le amenazaran—. Yo soy la que me voy a enfadar como no salgas de una vez.

—Pero, ¿de dónde tengo que salir? Estoy aquí, ante tus narices, ¡niña tonta!

Era demasiado: se escondía en la oscuridad, decía que la iba a castigar y encima la llamaba «¡niña tonta!».

—El tonto lo serás tú; venga, valiente, sal que te vea.

—¡Huuuu, huuuu! —Era una especie de aullido, de gemido, de protesta—. ¡Huuu, huuu!

—Pero, ¿es que no sabes decir más que «huuu»?

—Digo «huuuu» para asustarte. Quiero asustarte, tengo que asustarte. Por algo soy fantasma...

Claudia se echó a reír.

—Pero, ¿qué cosas dices? ¿Cómo me vas a asustar? ¿Es que todavía no te has enterado de que los fantasmas no existen?

—¿Cómo te atreves, desdichada? ¿Quieres decir que nunca podré asustarte? Con lo que me gusta que los niños, y sobre todo las niñas, se asusten cuando aparezco.

—Pues aparece de una vez, fantoche.

—¿Fantoche yo? ¿Fantoche? Ninguna niña se ha atrevido jamás a llamarme «fantoche», ¿comprendes? Jamás, jamás, jamás.

—Pues yo te llamo «fantoche» porque quiero y porque, además, si te llamo fantasma, te vas a poner contento, y no quiero que te pongas contento porque has querido asustarme y porque no existes.

Claudia se había envalentonado. Mientras paseaba, el suelo de tarima crujía y para acentuar aún más los crujidos, la niña pisaba con fuerza, como para afirmar que allí la que mandaba era ella. No en balde aquélla era la casa de la playa, la casa a la que solían ir de vacaciones. Un día su madre la esperó en la oscuridad y cuando ella pasó, la abrazó con fuerza. En un primer impulso, Claudia quiso desligarse de aquellos brazos que la atenazaban, pero cuando comprendió de quién



eran, se acurrucó aún más.

—Mamá, qué susto me has dado.

—Perdóname, Claudia. Te he visto venir y me he quedado inmóvil, en la oscuridad. Me encanta verte cuando tú crees que nadie te ve. Me gustas tanto, te quiero tanto...

Leticia besó la frente de Claudia, su cuellecito medio cubierto por la melena que sobrepasaba las orejas. Luego, jugueteando, la despeinó.

—Mira que yo también te despeino —amenazó Claudia entornando los párpados—. Y de esta forma, madre e hija se enredaron en una amistosa pelea, rodaron por el suelo, se hicieron cosquillas, se abrazaron, volvieron a acariciarse, cosquillas de nuevo, risas y más besos.

—Oye tú, seas quien seas, ¿sabes lo que le pasó a un amigo mío? Que se tragó una mosca.

—Qué porquería, ¿no?

—Sí, claro, pero fue sin querer. Lo que me gustaría saber es si le hará cosquillas en la tripa cuando se pasee por dentro.

—¿Cosquillas en la tripa? Jo, jo, jo, ¡qué ocurrencia! —replicó el fantasma de la oscuridad.

—No es ninguna ocurrencia —protestó Claudia—; es la verdad. Y si no te lo crees, peor para ti, ¡fantoche!

—Me estás cargando, niña tonta; dices que no existo y encima me llamas «fantoche». Pero, ¿quién te has creído que eres? Una niña cursi y mimada, que piensas que esta casa es tuya...

—¡Y es mía! De mi familia, aquí veníamos a veranear antes de...

—¿Antes de qué? —la voz del fantasma era cada vez más grave—. ¡Antes de nada! Yo vivo aquí, en la oscuridad, desde hace años y más años. ¿Qué digo años? ¡Siglos! Y ahora, para que aprendas a respetarme, te voy a dar un susto de muerte. ¡Huuu, huuu, huuu!



Claudia descubrió el vuelo de una polilla nocturna. Siguió su itinerario con la mirada. Y, ¡oh maravilla!, mientras la polilla recorría la habitación, ésta iba cobrando una luz intensa y dorada.

—¡Qué bonito es lo que haces! —exclamó Claudia con la boca abierta—. La luna y el sol, la plata y el oro. ¡Es hermoso!

—¡Huuu, huuu, huuu! —insistía el fantasma desde donde estuviera, si es que estaba.

—Calla, bocazas. Fíjate en lo que está sucediendo. ¡Cómo me gusta! ¿Cómo lo haces, amiga polilla?

—Con mis alas —respondió la polilla—. Tengo la facultad de iluminar lo que está oscuro. Pero lo estoy iluminando sólo para ti.

—¿Eso quiere decir que el fantasma no lo puede ver?

—Claro, repuso la polilla, claro que no. El pertenece a la oscuridad y ahí se quedará, porque en la oscuridad ha

vivido durante siglos.

—Pero es un fantasma muy raro —replicó Claudia—; es un fantasma que quiere meter miedo y no mete miedo, que dice que está aquí y que no le veo.

—Tú no le ves a él, como él no puede ver la luz de oro que he desparramado por esta habitación. ¿Y sabes por qué no le ves?

—Sí, ya lo sé: porque no existe.

—Además de eso, no le ves porque es un fantasma oscuro. Ha vivido tanto tiempo en la oscuridad que se ha confundido con ella. La sábana de los fantasmas de los cuentos suele ser blanca, ¿verdad?

—Blanca, claro. Las sábanas de los fantasmas son blancas.

—Pues la de éste es negra, ¡imagínate! Un fantasma de negro en la oscuridad...

—¡Por eso no le veo! —exclamó la pequeña con júbilo, porque por fin había descubierto la causa de oírle, pero de no verle. Y luego añadió algo compungida—: Lo siento, fantasma, lo siento...

—Yo también lo siento —exclamó la voz desde no se sabía dónde—. ¿Te crees que hay derecho a esto? Un fantasma está hecho para asustar. Cuando se apaga la luz, ¡zas!, nosotros aparecemos y metemos miedo a los niños. Cuando vas por una calle sin iluminación, ¡zas!, aparecemos y los niños tiemblan y echan a correr.

—Pero, ¿qué dices, so fantoche? Si no existís, y tú menos con tu sábana negra.

—Ésa es mi desgracia, niña Claudia. Llevo tanto tiempo en la oscuridad que ya soy como ella, negro y oscuro, y nadie puede verme. ¿No es una desdicha, niña Claudia?

Era la primera vez que el fantasma la llamaba por su nombre y eso le gustó.

—¿Sabes una cosa, fantasma?

—¿Qué, qué?

—Que eres simpático.

—¡Yo no quiero ser simpático, maldición, no quiero gustar a los niños, rayos y centellas! ¡Quiero ser temido y que todo el mundo huya al verme!

—Pues ya lo ves, fantasmita, eres simpático. Incluso me has llamado por mi nombre...

—Y qué, ¿acaso no tienes nombre? —primero habló en tono agrio, pero luego parecía apenado—: Yo, en cambio, ni sé cómo me llamo...

—Bah, no te preocupes por eso. Y además, ¿sabes lo que te digo? Que te puedes quedar en esta casa todo el tiempo que quieras.

—Pues, muchas gracias —pero de repente reaccionó—: Pero, ¿cómo te atreves? Yo vivo en esta casa desde mucho antes de que tu familia viniera por aquí. ¿Y tienes el atrevimiento de darme permiso para que me quede? Niña tonta...

—Me llamo Claudia, no lo olvides. Además, haz lo que quieras. Protesta, enfádate, di «huuu, huuu», que no vas a asustar a nadie porque ni existes ni te pueden ver, ni nada. Así es que...

La niña dejó la frase sin concluir y hubiera dado algo por ver la cara que había puesto el fantasma al escucharla. Como éste no replicara, ella hizo una pregunta: —¿Te has marchado ya?

—No, estoy aquí.

—Mejor, porque ya te he dicho que eres simpático, aunque quieras parecer desagradable.

—¡Soy desagradable!

—Bueno, como quieras —respondió Claudia dejando que en su mano se posara la polilla de oro. En ese momento, la niña resplandeció como una bengala en la noche—. Mira, ya somos iguales, fantasma. Yo no puedo verte a ti, tú no puedes ver la luz de la polilla, pero te propongo una cosa.

—¿Qué cosa? Porque haces unas proposiciones muy extrañas, niña Claudia.

—Que te quedes en esta casa y, cada vez que yo venga, charlemos como buenos amigos.

—Pero yo no quiero charlar, yo quiero meterte miedo.

—En ese caso... —Claudia se dio la vuelta, dispuesta a marcharse de la casa grande de la playa.

—¡No, no, espera! —rogó el fantasma de la oscuridad.

Claudia sonrió, diciendo sin siquiera volverse:

—Yo te contaré mis cosas, lo que me gusta, lo que me ha pasado con mis amigos, lo que quiero... Y tú me hablarás de tus sustos, de tus miedos. ¡Nos lo vamos a pasar en grande! ¡Lo que nos vamos a divertir!

El fantasma hizo un último intento de resultar amenazador:

—¡Maldición, rayos y centellas, momotombos y mombachos! Yo soy un fantasma feroz, terrorífico. ¿Acaso me ves pasando el resto de mis noches charlando con una niña como tú?

—¿Por qué no? Piénsatelo, querido fantasma de la oscuridad. Dentro de unos días volveré y me dirás lo que has pensado.

—¡Huuu, huuu, huuu! —respondió sin convicción el fantasma.

Claudia abandonó la casa de la playa con una sonrisa en los labios y los ojos resplandecientes. Al mezclarse su resplandor, el dorado que le regalara la polilla, con el de la luna, hebras plateadas y silenciosas, se produjo una extraña mezcla de colores: el amarillo se descompuso en naranja, en rojo, en marrón, en violeta..., el plateado en blanco, en azul, en verde... Y por primera vez en toda la historia de la humanidad, el arco iris apareció de noche.

—Mira, Gladys, mira ¡qué preciosidad!

—Es bonito, ¿verdad, mi niña?

—Es precioso. Y qué colores tan dulces. ¿Sabes lo que me gustaría, Gladys?

—¿El qué, niña Claudia?

—Pues me gustaría llevarme el arco iris a casa. ¿Podré hacerlo?

—Esta noche no creo, mi niña. Ahora tienes que dormir.

—Bueno, pues si no es esta noche, otra noche, ¿eh, Gladys? Dime que sí, que me podré llevar el arco iris a casa.

—Claro que sí; ¿por qué no, niña Claudia? Aunque yo creo que no lo necesitas para nada.

—Gladys, ¿por qué dices eso?

—Porque tú, mi niña, ya llevas el arco iris en tus ojos. ¿Para qué quieres otro?

—No lo sé, pero me gusta tanto...

—Tal vez podrías dejarlo para otros niños, para todos los niños del mundo que tengan miedo a la oscuridad.

—Pero si es maravillosa. En la oscuridad pueden pasar tantas cosas bonitas, ¿verdad, Gladys?

—Verdad, niña, pero ahora tienes que dormir. Es ya muy tarde.

La mano de la sirvienta acarició el cabello de la pequeña. Parecía mentira cómo unas manos tan grandes podían ser al mismo tiempo tan delicadas. Claudia bostezó y con los ojos medio entornados susurró unas pocas palabras:

—Gladys, a ti siempre te veré en la oscuridad, ¿verdad?

—Verdad, niña.

—¿Aunque tu piel no sea blanca?

—No importa el color de la piel, mi niña.

—Y al fantasma, ¿por qué no le veía? ¿Porque era negro?

—No, niña Claudia, no le veías porque era fantasma. Y los fantasmas, ya lo sabes, no existen.

Y ahora duérmete, amorcito. Que mañana tenemos muchas cosas lindas por hacer. Verás, nada más levantarnos iremos a dar de comer a las gallinas y luego, si te apetece, podemos preparar una excursión a la playa de Chichigalpa...

Pero a Claudia ya no podía apeteecerle nada, porque estaba profundamente dormida. ¿Con qué o con quién estaría soñando? Tal vez mañana se lo contara a su mejor amiga, a Gladys.

II. Los frijoles mimosos

DESDE su escondite observó Claudia el perfil del volcán. Cuando el fantasma de la oscuridad se había puesto nervioso, lanzó unas exclamaciones: «¡momotombos y mombachos!», que eran lo más fuerte que un fantasma que se precie puede exclamar y que, al mismo tiempo, representaba una de las características geográficas de su país: los volcanes.

Desde siempre notó que había algo amenazador en aquellas palabras y cuando le enseñaron lo que era un volcán, lo comprendió de repente. Una montaña con un agujero en la cabeza, del que a veces salía humo y fuego, como una protesta de la naturaleza. Hasta entonces jamás había visto un volcán en erupción, pero Claudia, cuando estaba preocupada, solía ir al maizal y, allí escondida, observar el perfil del volcán, con la esperanza de que en algún momento la explosión comenzara. Le daba miedo, ¡cómo no!, pero al mismo tiempo la atraía; confiaba en no echar a correr cuando el fenómeno comenzara.

—¡Niña Claudia! —la voz de Gladys todavía estaba muy lejos—. ¿Dónde estás, niña Claudia?

Tardaría un buen rato en descubrirla y además, como al avanzar hacía tanto ruido con su pesado cuerpo, si quería, podía echar a correr cuando estuviera a punto de llegar a su lado. Volvió a clavar sus ojos redondos en el volcán. El cielo de aquella mañana de abril era absolutamente azul. Absolutamente... ¡Qué palabra más bonita! La solía decir su madre para todo aquello que le gustaba: «Es un caballo absolutamente lindo», «hace un día absolutamente hermoso», «te quiero absolutamente, mi Claudia»... El trino de un pájaro-lira desvió sus pensamientos a la realidad. El volcán, imponente, silencioso. Y ella allí, en el maizal, esperando que pasara lo que tenía que pasar alguna vez.

—¡Niña Claudia, no te escondas!

Sonrió porque ahora sabía que Gladys conocía que ella estaba escondida. Y suponía que también sabía por qué. Ayer, trece de abril, fue su cumpleaños: tartas, serpentinas, regalos y su comida favorita, «a la carta», como en un restaurante, le había dicho Gladys. Pero ayer fue ayer y hoy era día catorce. ¿Y sabéis qué es lo que le habían puesto para comer? Pues nada más y nada menos que frijoles con arroz. ¡Puaf!, se dijo Claudia. Nunca, nunca más volvería a comer frijoles, lo había decidido. Estaba harta de tener que comer sin rechistar lo que le pusieran en la mesa. Cuando todavía vivía su madre, las cosas eran diferentes. Por ella Claudia era capaz de cualquier cosa, hasta de comer frijoles. Pero ahora lo había decidido: no y no, y mil veces no. Y con gesto obstinado fijó de nuevo su mirada en el volcán.



A lo lejos, mucho más lejos de donde procedía la voz de Gladys, sonaron unas detonaciones y al poco un avión surcó el cielo. Del avión surgieron unas

llamaradas, seguidas de un ta-ta-ta-ta... Luego, el avión desapareció por el horizonte, escuchándose aún el eco de los estampidos.

¡Qué calor hacía esa mañana!, y eso que el sol todavía no había subido a lo más alto. Pero allí, escondida entre los maizales, se estaba fresquita. Y se sentía protegida. Nadie iba a obligarla a comer lo que no le gustaba, nadie. Cuando mamá vencía su resistencia con una sonrisa o con la promesa de ir el fin de semana a la playa de Chichigalpa, por ejemplo, Claudia cerraba los ojos para no ver lo que comía, al tiempo que solía pensar: «Volcán, ven, empieza ahora; volcán, no me dejes comer estos frijoles que no me gustan nada; volcán, ayúdame...». Pero ni Momotombo, ni Momotombito, ni Mombacho le hacían caso. Y la naturaleza seguía inmóvil con su promesa no cumplida.

Cuando se dio cuenta de la presencia de Gladys a su lado, ya era demasiado tarde. ¿Cómo era posible que la corpulenta mujer se hubiera deslizado por el maizal sin llamar su atención? ¿O es que acaso los pensamientos de la niña le habían transportado a otra dimensión, haciendo que desapareciera la realidad inmediata: la próxima comida con frijoles y arroz en el plato?

—¿Qué haces aquí, niña Claudia?

—Nada.

—Eso no es posible, niña Claudia. Es imposible estar en un lugar sin hacer nada de nada. Por lo menos se mira, se respira y se piensa.

—Eso sí.

—Me alegro de que respires y pienses, porque eso significa que estás vivita y coleando, niña Claudia. Y ahora vamos a casa, pues la comida nos espera.

—Yo no voy, Gladys.

—¿Por qué no vas a venir, mi niña?

—Porque no tengo hambre.

—Pero hay que comer, porque si no comes, enfermarás y ya no podrás volver a ver ni a pensar ni a respirar.

—Pues no me importa, Gladys. No quiero comer frijoles.

—Ajá, ¿conque era eso? —la mujer soltó una carcajada espontánea, como si la niña hubiera dicho algo de lo más gracioso. Claudia, por su parte, se acurrucó, plegó las rodillas contra el pecho y cruzó sus brazos—. Entonces, ¿no te gustan los frijoles?

—Ya sabes que no me gustan y no los volveré a comer nunca, nunca más.

—Mientras hay niños que se mueren de hambre, es un pecado, niña Claudia, despreciar la comida de Dios.

—Pues dásela a ellos, yo no la quiero.

—¿Sabes, mi niña? Eres un poco caprichosa... Y además no tienes razón para rechazar los frijoles. Con lo que ellos te quieren a ti.

—¿A mí? —preguntó Claudia abriendo aún más los ojos. ¿Cómo era posible que los frijoles la quisieran a ella, precisamente a ella que los aborrecía?

—Pues sí, mi niña, a ti, a ti. ¿Te atreves a venir conmigo?

—¿Adónde? —preguntó la niña a la defensiva.

Gladys, con una tierna sonrisa, se limitó a señalar en dirección al volcán.

—¿Momotombo?

—Sí.

Claudia, sin proponérselo, se puso a temblar. Le daba vergüenza confesarlo, pero tenía miedo. ¿Por qué le pedía Gladys aquello? ¿Acaso no era Gladys su mejor amiga? Entonces, ¿por qué le señalaba el volcán? Allí dentro sólo podía haber peligros.

Gladys estrechó contra sí el cuerpo de la pequeña.

—Ten confianza. Sólo quiero demostrarte lo buenos que son los frijoles.

—Pero, ¿por qué allí?

—Porque allí es donde tienen su casa. Anda, ven, te acompañaré hasta el mismo cráter.

—¿Y luego?

—Luego, tú misma lo verás...

Al abandonar el maizal, el pájaro-lira volvió a trinar de nuevo. Claudia no dejaba de mirar el suelo por el que pisaba, escuchando atentamente el crujido de las ramitas secas que se quebraban bajo sus zapatos. Gladys, por su parte, iba hablando en voz muy baja, como susurrante. Claudia sólo escuchó las primeras palabras con claridad: «Erase una vez...», y se dijo que con esas palabras empezaban muchos cuentos.

El humo cegó sus ojos por un instante. Detenida en la mismísima boca del volcán, Claudia estuvo tentada de darse la vuelta y echar a correr. Pero cuando la humareda se disipó, no tuvo más remedio que sentirse fascinada. Aquel paisaje era absolutamente maravilloso. ¿Cómo era posible que en el interior de un volcán de aspecto tan amenazador hubiera un huerto y un jardín? No sintió el menor miedo al descender por el sendero hacia el fondo. Claudia respiró profundamente y el humo se convirtió en algodón y el olor a carbonilla pasó a ser aroma embriagador. De repente sintió que tenía hambre.

Se agachó y entre el verde descubrió unas manchitas de un rosa muy intenso. Supo lo que eran porque las había visto en un libro. Porque estaba segura de que en su país no había fresas, pero allí estaban en su mano. Las probó: deliciosas, absolutamente deliciosas. Luego probó un poco de mango, una papaya, una guayaba... Y en ese momento es cuando oyó que alguien le chistaba a las espaldas. Claudia se volvió, pero como no vio a nadie, reemprendió su tarea de elegir los árboles frutales preferidos. Pero fuera el que fuera, volvió a insistir.

—Chist, chist...

Tal vez se trataba del silbido de un animal escondido entre la vegetación.

—Chist, chist, niña Claudia.

—¿Qué?

—No te vayas.

Claudia buscó por un lado, por otro, se agachó, se puso de puntillas. Pero allí no había más que árboles, flores y algún producto de la huerta: las hojas verdes de las patatas, los tomates relucientes, las coles, las varas por donde trepaban los frijoles...

—Estamos aquí. ¿Tan poco nos quieres que ni siquiera te apetece hablar con nosotros un ratito?

—Pero, ¿quiénes sois vosotros?

Entonces se dio cuenta de que los frijoles se movían. Sus ramitas verdes parecían largos brazos que se tendían hacia ella.

—Niña Claudia, te queremos tanto, tanto...

Los frijoles —lentamente, porque los frijoles no son como las personas ni tienen piernas ni pies—, lentamente, se fueron separando de la vara por la que estaban trepando y comenzaron a abrazar a Claudia.

Su primera reacción fue la de salir corriendo. ¿Y si los frijoles la retenían en el fondo del volcán años y más años, sin dejarla salir de allí? Pero el temor se disipó al escuchar las palabras de amor de los frijoles mimosos:

—Niña Claudia, te queremos tanto, tanto... Y nos sentimos tan felices por tu caricia. Deseamos ser tus amigos; déjanos ser tus amigos, niña Claudia. Calentaremos tu tripita cuando tengas frío, te daremos la fuerza cuando te sientas débil, te contaremos cosas graciosas cuando estés triste, siempre esperaremos a que decidas llevarnos a tu plato, no tenemos prisa, somos muy pacientes, fíjate en lo despacito que nos movemos, pero, por favor, no nos rechaces, acuérdate de nosotros de vez en cuando, aunque sólo sea de vez en cuando... no todos los días, claro, comprendemos que somos feos y aburridos.

—No sois feos ni tampoco aburridos.

Claudia notaba en todo su cuerpo las caricias de los frijoles mimosos. Y lo más sorprendente de todo es que, si cerraba los ojos, podía pensar, perfectamente, absolutamente, que las caricias se las estaba haciendo su mamá.

Cuando llegó a casa, se sentó, resignada, a esperar en el porche. Le hubiera gustado tanto quedarse a vivir en el interior del volcán, entre las flores y el huerto. Allí los aromas eran diferentes y su conversación era tan distinta de la que mantenía con los que se parecían a ella. Aunque, bien mirado, ¿qué parecido existía entre Gladys y ella? ¿Y entre ella y ese niño desarrapado que se acercaba a la sirvienta para decirle que le dolía la tripa?

—¿Cómo quieres que te dé nada, pequeño? —le dijo Gladys mientras le acariciaba el cabello cubierto de polvo—. Si te duele la tripa, no deberás comer, antes te tiene que ver un médico.

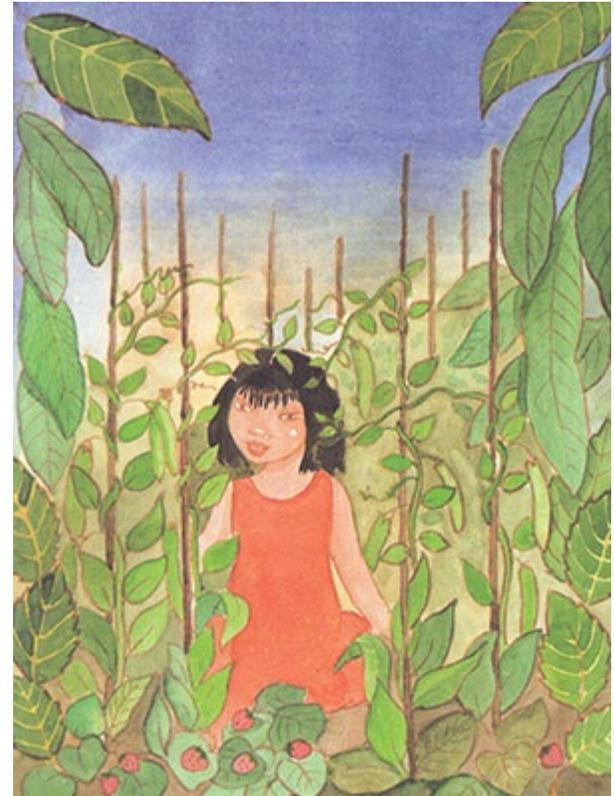
—¿Qué médico? —El niño se limpió la nariz con el revés de la mano—. Me duele la tripa porque hace tres días que no como.

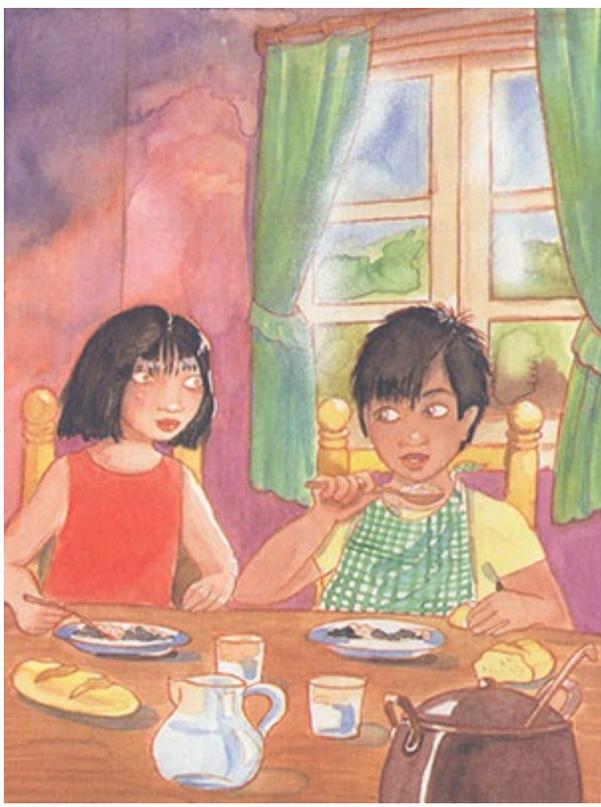
—¿Tres días? —Claudia, aunque estaba un poco lejos, supo que Gladys sacaba el pañuelo para limpiarse las lágrimas—. ¿Tres días, tanto tiempo?

El niño sonrió, como si no pasara nada.

—Me llamo Pablito, ¿y tú?

—Ven, siéntate.





Claudia observó al niño. Se sentó a la mesa, con una gran servilleta cubriéndole el cuello y la pechera.

—¿Y tu familia?

—No lo sé. Un día tiraron bombas desde un avión... — Pero al niño se le olvidó lo que significaba la guerra cuando se encontró frente a un apetitoso plato de frijoles con arroz. Sin demasiados miramientos a lo que significan reglas de urbanidad, Pablito se puso a comer con apetito.

Claudia se le acercó, sin quitarle ojo de encima. Luego se sentó a su lado.

—Hola.

—Hola —dijo el niño con la boca llena.

—¿Te gustan los frijoles?

—Me encantan.

—Yo soy su amiga, ¿sabes?

—Bueno...

—¿Quieres que te cuente la historia de los frijoles mimosos?

—Bueno...

—Erase una vez... —Y Claudia se sentó frente a un plato de frijoles con arroz, cogió el tenedor y se dispuso a comer en la misma mesa, la misma comida que su nuevo amigo Pablito.

III. El pulpo al que le gustaban los sombreros

LAS olas resbalaban hasta la misma puerta de la cabaña de cañas y Claudia se tapaba con fuerza los oídos. Ese ir y venir de la marea le producía un extraño desasosiego. Y sin embargo, o precisamente por eso, la cabaña tenía para ella muchos recuerdos gratos. Allí vistió sus primeras galas de indígena.

—Son nuestros antepasados —le decía mamá Leticia—. No hay que avergonzarse, aunque tú tengas la piel tan blanca, eres una hija de esta tierra. Y tus abuelos y tus bisabuelos fueron indios. Yo quiero hacerte un traje, como más te guste, puedes elegir: ¿misquita, nagradano, nicaraa, chontal o caribisa?

¡Qué nombres tan extraños!, pensó Claudia. Era la primera vez que los oía. En la escuela hablaban de otras cosas, pero muy poco del pasado. Y ahora era su madre, su madre querida, la que le hablaba de los indígenas.

—Venga, decídetelo. Te voy a hacer un traje precioso. Y luego una fotografía. Para que nunca te olvides, para que se la puedas enseñar a tus hijos y a los hijos de tus hijos...

—¿Y a mis amigos?

—Por supuesto, también a tus amigos. Porque incluso entre los que nos rodean hay muchos que desconocen de dónde venimos, de quién procedemos. Entonces, ¿qué?

—Misquita, nagradano...

—Nicaraos, chontales, caribisos...

—Me gusta la palabra «chontal».

Y así fue como Claudia posó vestida de chontal para una fotografía que todavía conserva. Gladys solía contemplarla a solas, cuando la niña se acostaba sin poder reprimir en muchas ocasiones las lágrimas.

—Mamá Leticia, ¿por qué te fuiste tan joven? Ella, mi niña Claudia, te echa tanto de menos. Sí, mamá Leticia, sí, yo hago lo que puedo. Fabrico mundos para ella, pero sigues faltando tú. No te preocupes, ella no se dará cuenta de nada, pero es que, cuando veo esta fotografía, con ese traje-cito que le hiciste con tus propias manos, no sé, noto que el corazón se me espachurra y...

—Gladys, ¿qué te pasa?

—Nada, mi niña, nada —Gladys escondió la fotografía entre los pliegues de su falda tableada. Estaba pensando en el pasado.

—¿Y eso es malo?

—Depende. Si sólo piensas en el pasado, es malo. Si piensas un poquito para coger fuerzas y vivir, es bueno. Y ahora vamos a la playa.

—No, por favor...

Claudia retrocedió un par de pasos, hasta apoyarse contra la pared.

—¿Por qué? ¿No estarás pensando en lo que sucedió en esta cabaña, verdad?

—Sí...

—Pues eso es malo. Porque piensas en ello como si eso fuera lo único importante. Y a ti te queda mucha vida por delante. Aquello hay que dejarlo ahí,

en su sitio. Pero no pienses que es lo único en la vida.

Claudia no estaba segura de que fuera cierto lo que le decía Gladys. No es que Gladys mintiera, Gladys nunca había mentado, sino que no comprendía bien cómo era posible olvidarse de lo que había sucedido poco antes de que su madre la dejara para siempre.

Era una tarde de otoño. El sol comenzaba a acercarse a la línea del horizonte. La sombra de las palmeras se proyectaba perezosamente hacia la tierra. No había prisa para nada.

Claudia jugaba en la orilla con unos moldes, construía pequeños castillos de arena, los deshacía para erigirlos de nuevo bajo una perspectiva diferente.

Leticia tomaba el sol en silencio, con los brazos ligeramente separados del cuerpo. Claudia veía aquel cuerpo moreno, mucho más moreno que el suyo porque a ella no le dejaban broncearse, y sentía envidia. «¿Alguna vez seré yo tan hermosa?». Ante los amigos presumía de madre: «Mi madre es así, mi madre ha hecho esto, mi madre ha hecho aquello, es la más guapa del mundo...», y en el fondo estaba un poco triste porque pensaba que nunca sería tan bella como ella.

Tan absorta estaba en la contemplación que no se dio cuenta de que la marea estaba bajando y que la resaca comenzaba a tirar de sus pies mar adentro. Cuando quiso reaccionar, el agua le llegaba casi a la boca. Como si un brazo tirase de ella.

—Mamá... ¡Mamáaaa!... —Leticia se puso en pie de un salto. Le bastó una rápida ojeada para situar a su hija en el centro de aquel agua que empezaba a ser turbulenta. Se lanzó al mar y nadó con firmeza. En unas pocas brazadas llegó a su lado.

—No tengas miedo, ya estoy aquí.

Claudia tiritaba, su mandíbula se le desencajaba. Aún sentía sus piernas apesadas por aquel extraño brazo de las profundidades. Tenía miedo, no a morir, sino a dejar de ver a su madre. Pero ella estaba allí para salvarla. Siempre estaría a su lado para salvarla de todo. Por eso le pareció un poco cruel que le dijera:

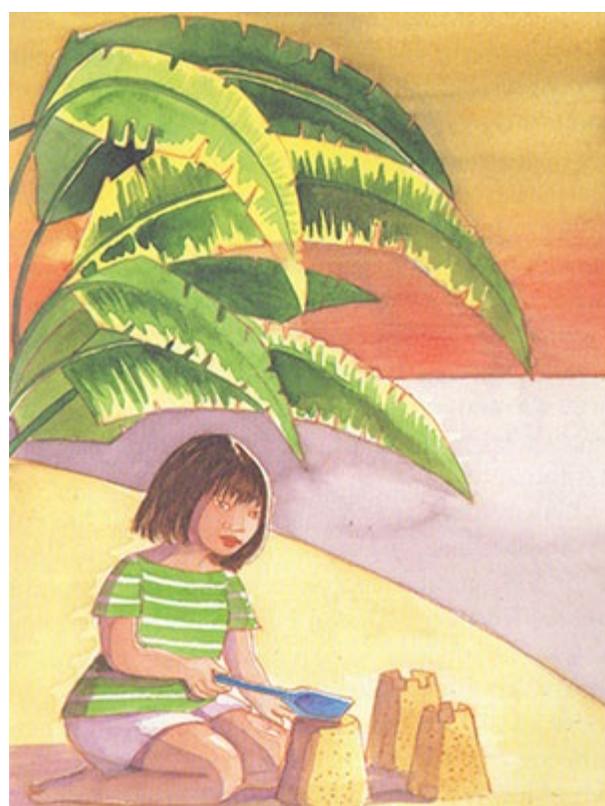
—No siempre voy a estar a tu lado, Claudia.

—Sí, yo quiero.

—Y yo, pero la vida es la vida y tú tienes que vivir la tuya por tu cuenta. Y para eso, lo primero que tienes que hacer es aprender a nadar.

La tumbó sobre el agua, cogiendo su barbilla con una de sus manos, la otra pasándola bajo el vientre. Por un momento, Leticia miró a su hija, olvidando su papel de monitora. Sonrió satisfecha de lo que veía: Dios había sido bueno con ella al ofrecerle la posibilidad de una hija así. Le encantaban sus pies, sus manos, sus ojos, su sonrisa...

—Venga, mueve los brazos, mueve los pies... Flota, hay que flotar gracias a uno mismo. No



puedes estar pendiente de lo que quiera el mar. Porque el mar es hermoso, pero a veces es traicionero. Y hay que saber dominarle. Brazos-piernas, brazos-piernas, otra vez, otra más.

Así es como Claudia empezó a nadar, al estilo perruno primero, luego con cierta seguridad, contenta porque había aprendido gracias a su madre y, porque mientras ella estuviera a su lado, ya no volvería a tener miedo al mar. Al mar y a lo que había dentro del mar, como aquel brazo poderoso que la había agarrado para tirar de ella hacia las profundidades.

Pero ahora todo era diferente. Habían sucedido tantas cosas en tan poco tiempo. Mamá ya no estaba y Claudia odiaba a aquel mar con sus tentáculos, a aquel mar que en cierta medida se la había arrebatado. Los recuerdos persistían. Lo único que buscaba Claudia era estar lejos para no tener que pensar. Y por eso no comprendía la insistencia de Gladys.

—Perdóname, niña Claudia, pero así es mejor. No puedes pasarte toda la vida sufriendo...

Luego ¡ella sabía que estaba sufriendo! Si Gladys era tan lista, ¿por qué no la dejaba en paz?

—Por favor, Gladys...

—Por favor, niña, mi niña. Hazme caso. Vamos a la playa.

—No quiero.

—Tienes que venir porque quiero presentarte a alguien. Alguien que te va a gustar.

—¿Quién es?

—Quiero que lo veas con tus propios y preciosos ojos.

Claudia aceptó más por la curiosidad que por el convencimiento. Caminando, caminando, llegaron hasta Punta Isla y allí aguardaron unos momentos.

—No veo nada.

—¿Nada? Fíjate bien, niña Claudia, fíjate bien. A veces creemos que no hay nada cuando en realidad están sucediendo muchas cosas. Mira el fondo del mar.

Desde el pequeño acantilado, Claudia fijó sus ojos en las aguas cristalinas. Rocas, algún pececillo y ¡de repente!... Una extraña figura nadaba dentro del mar, deslizándose entre los corales. Unas burbujas de aire ascendieron a la superficie.

—¿Qué ves?

—Ahí debajo hay alguien. ¿Quién es?

—Fíjate bien y sabrás quién es.

Claudia se acercó más a la superficie. Distinguió el contorno, y comprendió que se trataba de una mujer. Por unos instantes el corazón le dio un vuelco: ¡Mamá!... Pero al sentir la mano caliente de Gladys contra su hombro, se fijó con más atención. Al poco tiempo la figura femenina salía del agua con una langosta en la mano, una langosta recién pescada.

—Hola...

Claudia saludó mecánicamente, sin estar segura todavía de reconocerla. Sin embargo, aquel rostro le resultaba familiar.

—¿Todavía no te acuerdas, mi niña? Es Pina.

¿Pina? ¿Pina? ¡Pina! La mejor amiga de su madre. Leticia y Pina eran uña y carne, tanto que ella solía llamarla tía Pina, como si fuera de la familia.

—Tía Pina.

La mujer y la niña se fundieron en un abrazo.

—Te voy a mojar tu precioso vestido.

—No importa, tía Pina.

—Pina. ¿Te importa llamarme sólo Pina?

—¿Por qué?

—No soy tu tía. Además no quiero ser tu tía. Y ante el mohín de disgusto de Claudia añadió: —Quiero ser tu amiga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió la niña. Gladys se sentó a reposar el calor de su grueso cuerpo bajo los cocoteros.

—¿Cómo es que has venido a verme?

—Me ha traído Gladys.

—Me encanta que hayáis venido. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

Claudia se abrazó al cuerpo húmedo de agua salada. Le gustaba aquella piel tostada por el sol tropical. Si le había costado tanto reconocer a su tía (perdón, a Pina), era porque siempre la vio, hasta ese momento, vestida de señorita de la gran ciudad, en fiestas, en comidas. Nunca en un dos piezas tan pequeño que dejaba al descubierto ese cuerpo bien formado de la persona deportista.

—¿Y qué haces aquí, Pina?

—Vivo —dijo la mujer soñadora; pero luego comprendió que tenía que explicarse un poco mejor—: Ésta es mi casa... —señaló hacia una cabaña como la de los indios del otro lado de la laguna—. Aquí vivo y de esto vivo, del mar.

—¿Y no te da miedo estar tanto tiempo bajo el agua?

—No; ¿por qué?

—Por los monstruos.

Claudia aún recordaba los tentáculos que habían tirado de ella hacia el fondo el día de la marea.

—En todas partes hay monstruos, como tú dices.

—Pero en el agua son más peligrosos.

—¡Qué va! Como en todas partes. Si sabes comunicarte con ellos, no hay peligro.

—¿Cómo puedo comunicarme con un monstruo?

A Claudia se le cerraban los ojos, a pesar de que la conversación le interesaba.

—¿Tienes sueño?

—No... —pero bostezó al decirlo. Y la verdad es que se estaba tan bien allí, en aquella noche de luna llena que se reflejaba en el espejo del mar, tumbada en una hamaca de cuerda, escuchando el murmullo de las olas placenteras.

—Fíjate en esa luna, Claudia, y en la tranquilidad de este mar que es tu mar, porque has nacido aquí. Mañana vamos a meternos dentro y te enseñaré todo lo que sé.

Claudia no dijo nada, pero lo último en que pensaba en ese momento era en meterse en el mar,



por mucho que fuera de la mano de Pina. Allí abajo estaban los monstruos, monstruos como aquel que le agarró de las piernas para intentar ahogarla. Gladys captó su mirada de temor, pero aguardó a que fuera de noche.

—Niña, niña Claudia...

Claudia sintió que alguien estaba agitando levemente su hamaca. Se incorporó tratando de decir algo.

—Chist, no hables, Pina se ha dormido y tiene que descansar. Mañana le aguarda mucho trabajo en el mar.

—Pero yo no quiero meterme en el mar.

—No le tengas miedo, pequeña. Ya sabes nadar.

—Sí, pero no es eso.

—Sí que es eso. El mar es el mar, tú eres tú y cuando os encontréis, cada cual ha de saber quién es. Yo creo que el mar ya sabe quién eres tú, porque le veo que te está esperando. Pero, ¿y tú? ¿Sabes tú quién es el mar? Hay que tenerle respeto, sí, hay que tener cuidado y no meterse en él a tontas y a locas, sí, pero no hay que tenerle miedo, porque allá abajo hay todo un mundo maravilloso que, si quieres, podrás descubrir. Y cuando veas a mi amigo el pulpo con sombrero...

—¿Cómo puedes ser amiga de un pulpo? Son horribles...

—Son distintos, pero maravillosos. Con sus largos brazos y su forma de desplazarse cuando quieren huir, echando tinta.

—¿Y a ese pulpo le gustan los sombreros? —interrumpió la niña.

—Oh, sí, le encantan los sombreros. Cada día se compra uno con la esperanza de no mojarse del todo, pero ¡ya ves!, ¿qué otra cosa le puede pasar a un pulpo que mojarse?

—¿Y de noche también lleva sombrero?

—A todas horas. Es el mayor coleccionista de sombreros del Caribe. Lo reconocerás en cuanto lo veas.

—No quiero verle. Los pulpos son malos, hacen daño.

—Claudia, niña... Hazme caso, no tengas miedo. Ah, y cuando lo veas, no olvides darle recuerdos de mi parte.

La luz de la luna se filtraba hasta los bancos de coral submarinos. Los peces-linterna paseaban pomposamente iluminando las grutas y los valles de aquel otro mundo de las profundidades. Las estrellas de mar parecían adornos en las rocas y Claudia correspondió a su saludo cuando ellas agitaron sus múltiples brazos en señal de bienvenida. Pero aquellos brazos no eran peligrosos, y, en cambio, los del pulpo, ¿no serían aquellos brazos los que la agarraron para ahogarla?

—¿Habéis visto al pulpo con sombrero?

—Debe de estar por ahí —dijeron las estrellas de mar con displicencia—. Pero, ¿para qué quieres verlo?

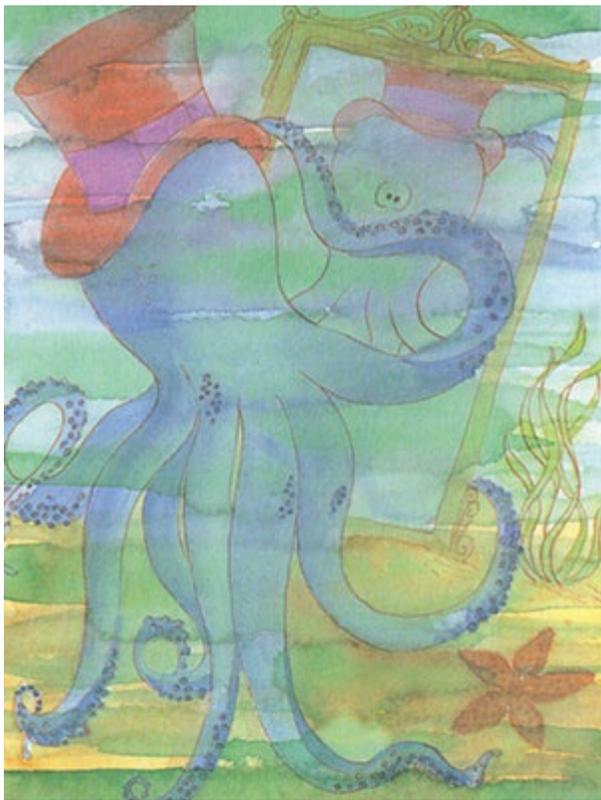
Eso se preguntó Claudia, ¿para qué quería verlo? ¿Sólo porque Gladys le había dado recuerdos de su parte? ¿Y si al verle le entraba el miedo espantoso y no podía escapar?

—No lo sé... —confesó la pequeña.

—Es muy aburrido —continuaron las estrellas de mar—, muy, pero que muy aburrido. Se pasa

todo el tiempo hablando de lo mismo. Y además hace unas preguntas muy raras. No vayas a verlo, te aburrirás.

—Es que tengo que darle recuerdos de una persona —a Claudia empezó a intrigarle aquel personaje de las profundidades. Y bastaba que las estrellas quisieran disuadirla de que lo viera, para que le entraran ganas de conocerlo.



—Ah, bueno, si es así, sigue un poco más, luego tuerces a la derecha. Encontrarás un espejo hundido, restos de un naufragio. Lo más probable es que tu amigo se encuentre allí probándose sombreros.

—No es mi amigo, pero a lo mejor llegamos a serlo.

—Allá tú, chavalina; si te gustan los sombreros... — las estrellas de mar volvieron a su inmovilidad junto a las rocas—. Pero es que ese pulpo hace unas preguntas tan raras...

Claudia no tardó en descubrir un pulpo azulado con un sombrero rojo. Se lo quitaba y se lo ponía, primero con uno de sus brazos, luego con otro; se lo ponía y se lo quitaba frente al espejo.

—Hola... —Claudia avanzó prudentemente, como guardando una distancia suficiente para el caso de que el monstruo se tirara a por ella. Pero el pulpo ni siquiera respondió, pues su afán sombrerístico le tenía

ensimismado.

—Hola —repitió Claudia.

—Olas, muchas olas hay en el mar, pero aquí abajo ni siquiera se notan.

—Hola es un saludo.

—¿Ah, sí? —el pulpo se volvió con gesto pícaro—. Conque hola es un saludo, ¿eh? Pero, ¿a que tú no sabes quién es el que habla todos los idiomas sin haberlos estudiado nunca?

—El eco —respondió Claudia sin vacilar.

—Ejem, vaya, lo has adivinado —le dijo el pulpo rascándose la cabeza con tres de sus patas a la vez—. A ver si sabes quién pasa por el fuego y no se quema y pasa por el río y no se moja. Anda, lista, a ver si lo sabes.

—Claro que lo sé.

—¿A que no?

—¿A que sí?

—Pues dilo, pasa por el fuego y no se quema, pasa por el río y no se moja.

—La sombra. —A Claudia le parecían unas preguntas muy fáciles. Pero quiso ponerle a prueba—: Y ahora dime tú, ¿qué es, qué es, que te da en la cara y no lo ves?

—Facilísimo; es el viento.

—Oye, pulpo pulposo, eres muy listo.

—¡Faltaría más! —dijo el pulpo hinchándose de vanidad.

—Y ahora una muy fácil, que la tienes que saber porque para eso vives en el agua.

—A ver.

—No es a ver, es a adivinar.

—Me encantan las adivinanzas. Y tú me gustas porque sabes responder enseguida.

—¿Qué tienen los peces que no pueden tener otros animales?

—Oye, ésa es muy difícil. ¿Qué tienen los peces que no pueden tener otros animales?

—¿No lo sabes?

—Ni idea.

—Y eso que vives con ellos.

—Pues fíjate.

—¿Te rindes?

—Me rindo.

—Pues lo que pueden tener los peces que no pueden tener otros animales son... pececitos.

El pulpo con sombrero, tras el asombro que le proporcionó la respuesta, comenzó a reír sin parar, agitando los brazos con gestos de jolgorio.

—Pero ¡es formidable, sensacional! ¡Qué cosa tan divertida! ¿De dónde has salido tú? ¿Quién te ha mandado a verme?

—Gladys. ¿La conoces?

—Conozco a muchas Gladys. ¿Tú te llamas Gladys?

—Yo me llamo Claudia.

—Encantado —le dijo ofreciéndole todas las manos de todos sus brazos. Claudia estrechó las extremidades con ventosas, que le hicieron cosquillas en la palma—. Y ahora —el pulpo cambió de tema—, vamos a lo que tenemos que ir. A ver si consigo ponerme bien este sombrero.

—Lo tienes bien puesto y además estás muy guapo.

—¿Tú crees? Pues yo creo que no, porque a mí no me importa estar guapo o feo. Yo soy como soy. Pero lo que me interesa es conseguir un sombrero con el que no me moje.

—Pero ¡hombre!, quiero decir ¡pulpo! ¿Cómo no te vas a mojar si estás en el agua?

—Precisamente por eso estoy harto de tanta humedad, y busco un sombrero para que no se me empapen las ideas. Y verás lo que me pasa: busco un sombrero, lo encuentro, me gusta y me lo pongo... y entonces sucede lo inevitable.

—¿Qué es lo inevitable?

—Lo que no se puede evitar, está bien claro. Al coger el sombrero, éste se llena de agua, y al ponérmelo, ¡zas!, me moja la cabeza pero del todo, completamente.

—¿Absolutamente?

—Absolutamente. Y ésa es mi desgracia. Ven ga buscar sombreros, venga probármelos y todos, ¡zas!, me mojan...

—Pero es lógico, amigo pulpo, que, si estás en el agua y si te pones un sombrero en el agua, te mojes.

—Lógico, lógico... Pero, ¿acaso es lógico que tú y yo estemos aquí hablando?

Claudia comprendió que el pulpo tenía razón. Que la lógica no tenía nada que ver con la fantasía. El pulpo desechó el sombrero rojo de fieltro y comenzó a probarse un canotier de paja.

—Fíjate, con lo bien que estaría con este canotier.

—Sí, te quitaría el calor, te protegería del sol.

—¿De qué sol me hablas? —preguntó el pulpo intrigado.

—No sé, los sombreros se utilizan para protegerse del sol, sobre todo los sombreros de paja.

—Eres demasiado lógica, amiga Claudia, y así no irás a ninguna parte.

—Yo no soy lógica —protestó la niña.

—¿Ah, no? Pues demuéstrela.

—¿Y cómo te lo demuestro? Te lo demuestro, te lo digo y te lo repito, y si no adivinas de qué te hablo, no vales un pito.

—Claro que lo adivino: el té, el té. Ahora yo.

—Venga.

—¿Quién sale cada día, pero se queda en casa?

—¡Quién va a ser! —contestó Claudia con una sonrisa de satisfacción—: El caracol.

—Muy bien, eso es, el caracol.

—Oye, tengo una idea. ¿Por qué no buscas un sombrero de buzo?

—¿Quieres decir una escafandra?

—Eso es, una escafandra. En el fondo del mar tendrá que haber alguna, como este espejo.

Bueno, pues coges la escafandra y te la pones y luego sales a la playa, te das un paseo, te la quitas y ya verás cómo no te mojas la cabeza.

—¡Qué cosa más absurda! Una escafandra, que salga a la playa, pero, ¿es que no te has enterado de que soy un pulpo? Y los pulpos sólo pueden vivir debajo del agua.

—Eso es lo lógico —replicó Claudia—. Pero tú eres un simpático pulpo majareta, al que le gustan las adivinanzas y yo soy tu amiga. Y para que veas que no soy tan lógica como dices, te invito a montar en tiovivo en el parque de atracciones.

—Pero si aquí no hay parque de atracciones.

—Por eso.

El pulpo se quedó con un palmo de narices. Volvía a estar solo, con sus compañeras las aburridas estrellas de mar, que nunca sabían responder a sus adivinanzas.

—¡Oye, oye! —gritó—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre un elefante y un buzón?...

Nadie le respondió. Claudia ya no estaba allí. Pero imaginó que le contestaba que no, que no sabía la diferencia, porque añadió en un tono jocosos: —Pues si no lo sabes, nunca te mandaré a echar una carta, no te vayas a equivocar y se la eches en la boca al elefante...

Algo blando rozó la mejilla de Claudia. Permaneció inmóvil sin moverse de la hamaca. Luego oyó un sonido repetido. ¿Qué podía ser? Blando, con sonido repetido... y plumas. Un ave. Ahora le pisaba la tripa. ¡Qué osadía! Ella en la hamaca y la gallina sobre su tripa.

—¿Has dormido bien, mi niña?

—No, no he dormido.

—¿Ah, no? —preguntó Gladys con incredulidad.

—He estado con un amigo tuyo.

IV. El gato de luna

CLAUDIA le enseñó a Pablito el piano en el que solía interpretar música su madre. Durante el verano, al ponerse el sol, Leticia se sentaba al piano y allí se pasaba quince o veinte minutos cada día con los ojos entornados, golpeando suavemente las teclas blancas y negras. Claudia solía acurrucarse a sus pies, para mejor sentir su calor y de esta forma emocionada las semanas iban pasando lentamente.

Pablito, por su parte, enseñó a Claudia cómo convertir una lata vacía de tomates en una hucha para guardar guijarros; cómo una olvidada caja de zapatos se transformaba en un pintoresco zoológico para gusanos de seda; o cómo se podían atrapar mariposas al vuelo, sin dañarlas. Esto último era muy importante, porque si uno coge sin cuidado una mariposa, le quita el polvillo que la naturaleza ha puesto en sus alas, y sin ese polvillo las mariposas se vuelven frágiles y caen al suelo. Claudia tenía un enorme respeto por las mariposas desde que vio cómo un torpe gusano, tras pasar por un ovillo amarillo, se transformaba en una espléndida mariposa. ¿Qué milagro era ése?

Pablito aparecía y desaparecía según le venía en gana. Algunas veces se quedaba varios días en la casa, otras tardaba incluso semanas en aparecer. Cuando se escuchaba el estampido de los disparos lejanos, Gladys pensaba que nunca más volverían a ver al niño, pero Pablito siempre acababa apareciendo, como si no hubiera ninguna guerra y el peligro sólo existiera para los otros.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? —le preguntó un día Claudia—. Quédate para siempre.

—No puedo —respondió Pablito con un aire misterioso—, tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué cosas tendrá que hacer un mocoso por ahí, en un país como éste? —se quejó cariñosamente Gladys. Pero se quejó mentalmente, nunca se atrevió a decirlo en voz alta, porque comprendía que la vida de Pablito era de él, sólo de él y que podía hacer con ella lo que quisiera. Lo que temía es que otros, menos escrupulosos, acabaran con la alegría de ese niño que un día llegó hambriento y que ahora se había convertido en un buen amigo de su niña Claudia.

Pablito llegó un día corriendo; cogió a Claudia de la mano y la arrastró tras un macizo vegetal.

—He visto... he visto una cosa... —no acababan de salirle las palabras, de nervioso que estaba.

—¿Qué has visto?

—Te he visto a ti.

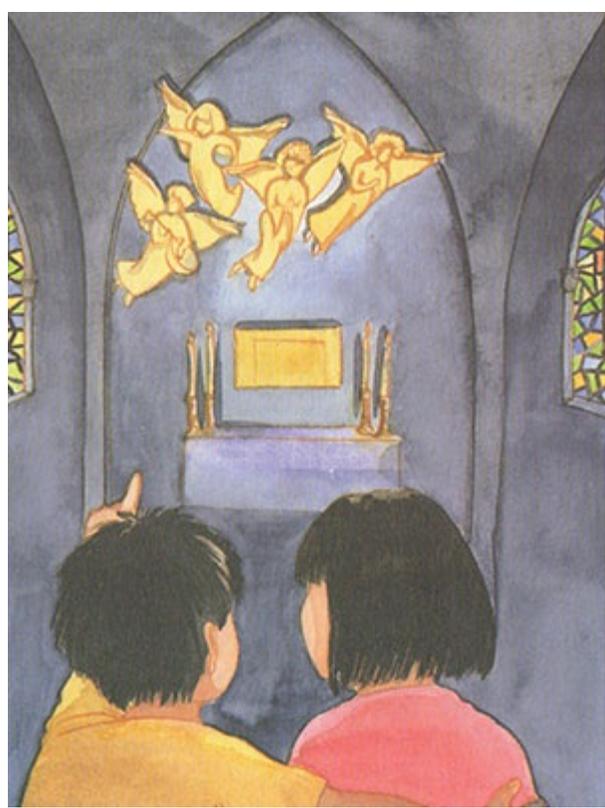
—Ahora me estás viendo.

—No, no, Claudia, no es eso. Eras tú, pero no eras tú.

—No lo entiendo. —Claudia ofreció a Pablito un caramelo que rechazó; entonces comprendió lo importante que debía de ser lo que quería decirle, porque Pablito era muy goloso y ante un caramelo era capaz de parar el mundo—. No lo entiendo, ¿cómo es que era yo, pero no era yo?

—Esta noche tenía frío y me metí en un sitio, el primero que vi. Me ha despertado un extraño olor, muy empalagoso. Estaba en la catedral y ya iba a irme, cuando, sin querer, miré hacia arriba: y allí estabas tú.

Claudia se echó a reír.



—¿De qué te ríes?

—¿Me has visto, de verdad?

—Claro que de verdad. Estabas allí arriba, sonriendo, guiñando un ojo.

—¿Guiñando un ojo? —aquello Claudia no lo recordaba. Jamás le dijo el escultor que guiñara un ojo; sin duda, Pablito debía de haber visto mal—. No es posible, yo no guiñé ningún ojo.

—Tú no, pero tu otro «tú», sí.

—Que no, Pablito, que no. Si quieres, vamos a verlo.

—Pues vamos.

Por el camino le explicó a su amigo lo de la escultura, las horas que tuvo que posar, incluso lo de la mosca que se tragó el artista. Riendo entraron en el templo, pero nada más pasar el umbral la risa se detuvo. Pablito señaló hacia arriba y allí, efectivamente, estaba la otra Claudia,

disfrazada de angelote y, sí, parecía que sí, que guiñaba un ojo.

—¿Lo ves? Yo tenía razón.

—No es posible... —lo veía, pero seguía sin creérselo. Sin duda era efecto de la luz de las vidrieras. Pablito le habló en voz muy baja, como si se estuviera confesando—: Al verte allá arriba pensé que te habías subido de alguna manera, pero no había andamio, ni escaleras ni cuerdas.

—Es una estatua.

—Ya lo sé, pero se parece tanto. Su piel es tan blanca como la tuya.

—Casi sí...

—¿Y por qué guiñas el ojo?

—¡Yo no lo guiño! —protestó Claudia que estaba segura de que jamás lo había guiñado y que aquello no era más que un efecto óptico, como cuando ves un papel arrugado sobre una piedra al sol y te imaginas que se trata de un lagarto o de una iguana.

Pero por la tarde Claudia seguía preocupada. Tenía que regresar a la catedral para verse con otra luz, la de las velas quizá. Por la noche, después de cenar, estaba decidida a no acostarse, cuando Gladys la llamó.

—Niña Claudia, por favor. ¿No has notado algo raro?

Claudia pensó que sí, que era algo muy raro lo del ojo guiñado de su otro yo, pero como estaba segura de que Gladys no se refería a eso, dijo que no.

—Hace un momento he notado que las copas se movían en el vasar.

—Yo no he notado nada.

—Mejor así, Santísimo Dios, mejor así.

—¿Por qué tienes miedo?

—Niña Claudia, tú no vivías cuando sucedió lo del gran terremoto, pero yo sí, y vi cómo la

capital entera se deshacía por culpa del castigo de Dios.

—¿Y qué es un terremoto?

—Cuando la tierra se mueve.

—¿Y por qué se mueve?

—Sólo Dios lo sabe: tiene cosas en la tripa, le estorban y las quiere echar fuera. Es como cuando tú tienes colitis, ¿te acuerdas? Pues eso, en el interior del suelo. ¿No te habló nunca mamá Leticia del terremoto? —Nunca.

—Hizo bien, ¿para qué alarmarte? Los terremotos suceden cuando tienen que suceder y nadie los puede parar.

Claudia dijo que iba a su habitación, mientras Gladys murmuraba plegarias para que no se repitiera el seísmo, pero lo que hizo la niña fue alejarse de la casa.

Mamá, ¿por qué no me hablaste del terremoto?

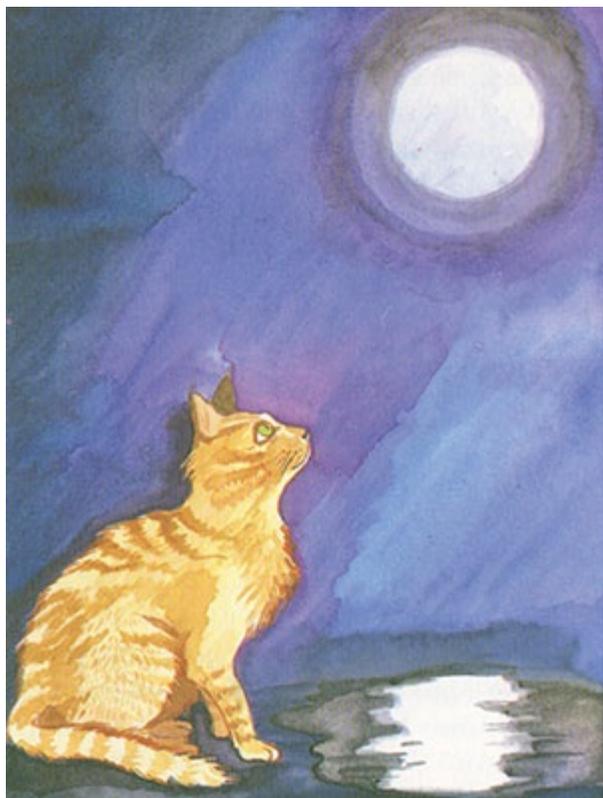
Hay tantas cosas de las que quería haberte hablado y no lo hice; tuvimos tan poco tiempo...

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Ahora, mi Claudia, lo que tienes que hacer es estarte quieta, muy quietecita para que el gato de luna no te haga nada.

—¿Quién es el gato de luna?

Claudia escuchó un rugido y luego distinguió en la oscuridad un par de puntos verdes luminosos. No movió ni los músculos de la cara. Muchas veces había oído hablar de aquel rugido, pero era la primera vez en su vida que lo escuchaba. Y además, allí estaba el que lo producía, en la oscuridad, mirándola fijamente. Si al menos estuviera Gladys a su lado; pero la sirvienta bastante tenía con la preocupación del terremoto y sin duda había ido a acostarse lanzando oraciones a todos los santos de su devoción. A Claudia le hubiera gustado exclamar: «¡Gladys, ven!», pero de sus labios sólo pudo escapar un susurro muy suave: «Mamá...».



Un nuevo rugido, ahora más apagado, pero más próximo. Claudia comenzó a temblar, pero se contuvo y habló mentalmente consigo misma: —¿Qué me habría dicho Gladys que tenía que hacer en un caso como éste? ¿Y tú, mamá?, dime algo. ¿Qué puedo hacer? Claudia escuchó los pasos del felino que avanzaba lentamente hacia donde ella se encontraba. Era un puma, no cabía duda. Un enorme puma, al que la luz de la luna muy pronto iba a descubrir. ¡La luz de la luna! ¿Quién había dicho que aquel puma era un gato de luna? No importaba. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer.

—Hola, gato.

—Hola, niña. ¿Qué haces por aquí a estas horas? Deberías estar en la cama, durmiendo.

—Y tú, ¿por qué andas de noche?

—Eres un poco impertinente, niña Claudia, pero te voy

a contestar. ¿Acaso no sabes que los gatos vemos mejor de noche?

—Tú eres un gato un poco grande.

—Según como se mire. Antes era más pequeño, es cierto, cuando vivía en Cuicuina...

—¿Tú vivías en Cuicuina? ¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—No seas impaciente, niña Claudia; tenemos tiempo de sobra para que escuches mi historia, si es que quieres.

—Claro que quiero, don gato, claro que quiero.

—No me llames don gato —protestó el felino—, porque ése no es mi nombre. Pero aun así te lo voy a contar. Cuando vivía en Cuicuina, llevaba una vida muy incómoda. Comía de las sobras de los demás y me pasaba el día escondiéndome de las barrabasadas de los niños. Todavía no comprendo por qué los niños se empeñan tanto en hacernos sufrir a los gatos. ¿Has visto alguna vez que un gato haga sufrir a un niño? Jamás. Los gatos dejamos que cada cual haga lo que quiera, a nadie molestamos.

—¿Y los ratones y los pájaros? —interrumpió Claudia.

—Eso es diferente —se disculpó el puma—. Tenemos que comer, es la ley de la naturaleza. Tú comes pescados, ¿no es cierto?, y chuletas de ternera o de cordero, ¿a que sí? Pues para nosotros, los ratones y los pájaros son nuestras chuletas. Pero sólo cazamos para comer, nunca para divertirnos como los humanos. En fin, prosigamos. Yo vivía en Cuicuina. Famélico de hambre, sucio de tanto arrastrarme por el polvo, con los pelos revueltos y los ojos un tanto saltones.

—Tienes unos ojos verdes muy bonitos, don gato.

—Te he dicho que no me llamo don gato, pero gracias por lo de los ojos. Yo estaba triste, ¿sabes? Me pasaba el día escondido, pero al llegar la noche, ¡ah!, al llegar la noche, todo cambiaba. Los niños se iban a la cama, la ciudad quedaba en silencio, y yo me podía pasear sin peligro por los tejados. Aunque no tuviera nada que comer, se estaba bien en la noche, porque nadie me molestaba. Solía beber agua en los charcos, cuando en cierta ocasión la luna que se reflejaba me guiñó un ojo.

—Oye, te quiero preguntar una cosa que tiene que ver con eso que has dicho.

—He dicho tantas cosas —dijo el puma acariciándose con la cola los bigotes.

—Eso del ojo guiñado.

—Pero, niña, no me interrumpas. Mira que me largo y no te cuento lo mejor de mi historia...

—No, no, sigue, sigue —suplicó Claudia, no sabía si porque le interesaba conocer el final del cuento o porque temía que, si el felino dejaba de hablar, se transformara de nuevo en la amenaza, en el peligro de antes—. Sigue, por favor.

—Sin favor: estaba a punto de beber agua en el charco cuando la luna me guiñó el ojo y me dijo:

—¿Me vas a beber?

—No te voy a beber a ti, luna. Pero tengo sed.

—Es que si te bebes esa agua, me vas a beber también a mí.

—Entonces me iré a beber a otro charco, pero éste me gustaba porque es grandote y el agua parece limpia.

—Esta agua es el agua más limpia de toda Cuicuina. Por eso me he metido yo dentro, a bañarme.

—Venga, no me tomes el pelo, luna lunera. Tú te metes en todos los charcos en cuanto se hace de noche.

—En todos, no. Sólo en éste. Y si no te lo crees, puedes comprobarlo.

—¿Y lo comprobaste? —preguntó Claudia.

—Claro que lo comprobé, no estaba de humor para bromas; tenía hambre, tenía sed y la luna, encima, intentaba burlarse de mí. Pero...

—¿Pero?

—Tenía razón. Sólo en aquel charco de agua se reflejaba la luna; los demás estaban oscuros, sucios, no habría bebido en ellos ni por todos los ratones del mundo.

—Qué cosa más rara, ¿verdad?

—Y tan rara, pero lo que más me fastidiaba es que tenía sed, mucha sed, de pasarme el día corriendo y escondiéndome, y ahora no podía beber.

—Sí que puedes beber —me dijo la luna—; puedes beber si no te importa beberme.

—Pero, ¿cómo voy a beberme a la luna?

—Es muy fácil, casi no se nota.

—¿Y tú que harás si te bebo?

—Nada, te acompañaré a todas partes. Saldré por la noche, cuando tú salgas, y cuando no salgas, yo tampoco saldré. Así de sencillo.

—No es tan simple, tú sales si yo salgo... Además, ¿no te molesta que te beba?

—¡Qué va! Para mí es muy cómodo. Me paseas por todas partes, me llevas y me traes. Lo único...

—¿Qué?

—Que eres un poco pequeño y en tu tripa voy a estar un poco encogida.

—¿Y qué le vamos a hacer? Soy un gato corriente y moliente.

—Pues a partir de hoy, si te apetece beber, serás un gato de luna.

—¿Y cómo es un gato de luna?

—Bébeme y lo sabrás.

El gato se acercó al charco, inclinó la cabeza y comenzó a dar lengüetazos al agua. «Está rica, pensó, está fresquita, está...». Notó que sentía algo en la garganta y carraspeó, escuchando por vez primera su nuevo rugido. Ya no maullaba, rugía.

—Y te convertiste en un puma.

—Eso es, en un puma grandote y solitario, pero ya no tengo miedo de los niños; ahora son los niños los que tienen que tener miedo de mí.

—Yo no te tengo miedo, gato de luna.

—Porque somos amigos. Pero si hubieras venido decidida a pegarme un tiro o, simplemente, a juguetear tirándome de la cola, hubiera sido bien diferente. Fíjate en los colmillos que tengo.

—¡Caramba, qué grandes!

—Y las uñas, fíjate en las uñas de mis zarpas.

—¡Hermosísimas!

—Todos me temen. Sólo tengo que rugir para que la gente salga corriendo.

—Yo no salí corriendo.

—No podías —se echó a reír el puma—; estabas cagadita de miedo.

Claudia hubo de aceptar que era así, aunque le fastidiara.

Es que yo, al ver tus ojos en la oscuridad...

—Es normal, no te preocupes. Lo raro es que te hubieras puesto a charlar conmigo como si tal cosa.

—Pero..., ¿pero? —Claudia cerró por un momento los ojos. ¿Acaso no era eso precisamente lo que había hecho? ¿Y si todo había sido sólo un sueño? De repente notó que algo caía sobre sus espaldas.

—Niña Claudia, qué susto me has dado —las manazas de Gladys la sujetaban, la abrazaban y la conducían de nuevo hacia la casa—. ¿Es que no lo has oído?

—¿El qué?

—El rugido del puma. Hay uno que anda por aquí y de noche son muy peligrosos, mi niña.

—No era un puma.

—¿Ah, no?; y entonces, ¿qué era?

—Era un gato de luna, Gladys, un gato de luna. ¿Quieres que te cuenta su historia?

—Ahora vamos a dormir, niña Claudia; mañana será otro día.

V. Los ogros amigos

MAMÁ Leticia, mamá Leticia, que la bomba no caiga aquí —cuando se escuchaba el zumbido de motores por el aire, Gladys se encomendaba a aquella en la que confiaba porque, estaba segura, vivía en el cielo. Su mamá Leticia era el mejor interlocutor en los momentos de miedo. Más de una vez sus convecinos le habían explicado que los bombardeos solían tener lugar en la frontera, que ni los aviones ni los helicópteros enemigos se adentraban en el territorio, salvo en las zonas costeras. Pero Gladys no se fiaba, de la guerra no había que fiarse porque carecía de reglas, y mucho menos una guerra como ésa, en la que hermanos y mercenarios se mezclaban para acabar con un pequeño país que no llegaba a tener ni tres millones de habitantes—. Mamá Leticia, mamá Leticia, que la bomba no caiga por aquí, que no le toque a mi niña Claudia —y como para convencerse de que iba a ser así, que el maleficio pasaría sin rozar a su pequeña, Gladys se preparaba un café bien cargadito y ponía a su lado, sobre la mesa, una botella de ron «Flor de Caña», el mejor de todo el Caribe, sin duda. Así, entre cafetito y ron moreno, Gladys dejaba que los motores aéreos se alejaran. En esta ocasión se sintió incluso más aliviada que en ocasiones anteriores, porque ahora su niña Claudia estaba enferma en cama, y de tener que salir corriendo, las cosas habrían sido más complicadas.

—¿Qué tal esa fiebre, niña Claudia? —puso su mano negra sobre la frente blanca y notó el calor—. No te preocupes, pronto vendrá el doctor y te curará.

Claudia se acurrucó bajo las sábanas; la llegada del doctor siempre le había producido un miedo indescriptible. Temía el fonendoscopio sobre su tripa, aunque sabía que aquel aparato no hacía ningún daño. No así las inyecciones, que aunque le explicaran una y mil veces que sanaban a los enfermos, a ella le parecían diabólicas, con su agujita clavándose en la carne. No, decididamente no quería que viniera el doctor, que abriera su maletín, que sacara el algodón y el alcohol, que... No, no y no.

—Claudia, Claudia... —Por la ventana asomó la cabeza de Pablito—. Hola, he venido a verte. Te traigo una cosa.

—¿Qué es?

El niño, desde el exterior, ofreció a la enferma un collar blanco, formado por vértebras de tiburón.

—Gracias. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo he cambiado por unas frutas.

—¿Y no has comido?

—Sí, hoy sí. Me ha gustado el collar y te lo he traído.

—Es precioso.

—¿De verdad te parece precioso? Póntelo.

Claudia se lo colocó al cuello y lo acarició con la punta de sus largos dedos.

—No me lo quitaré nunca. Nunca.

—Por lo menos hasta que te pongas buena...

—Ya estoy buena.

Pero Claudia sabía que no, que no era cierto que estuviera buena; al intentar incorporarse, la cabeza le daba vueltas, parecía como si fuera a desvanecerse de un momento a otro. En un supremo esfuerzo le rogó a Pablito que pasara a la casa, que se sentara a su lado.

—Quédate conmigo.

—Ahora no puedo, Claudia, tengo que marcharme. Ya volveré.

—Por favor, no te vayas ahora.

Pero el niño ya había echado a correr, no sin antes gritar desde la espesura: «¡Ponte buena!».

—¿Cómo está mi niña? —Gladys entró en la habitación con una tisana calentita.

—Yo no quiero que venga el doctor —protestó Claudia, medio tapándose con la sábana.

—El doctor es tu amigo. ¿Acaso crees que es un ogro, mi niña? Pues no, no es un ogro, y aunque lo fuera, ¿sabías tú que existen en el mundo ogros amigos?

—No lo sabía.

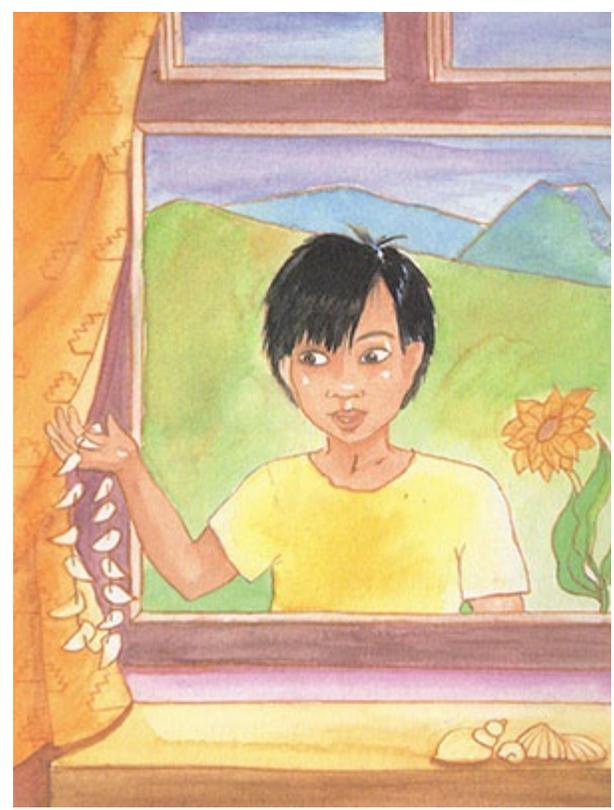
—Pues ya lo sabes, mi niña, y si quieres, voy y te los presento, para que nunca más vuelvas a tenerles miedo.

—Sí, sí, preséntamelos, quiero conocerlos.

Atravesaron una selva muy frondosa y al aproximarse a un claro, Gladys hizo un gesto de que se estuvieran quietas. Hasta ellas llegaron los sonidos retumbantes de unas poderosas pisadas. El corazón de Claudia palpitaba fuertemente. Al lado de los ogros gigantones, ella no sería sino una pulgarcita insignificante a la que sólo la presencia de Gladys podía confortar. Pero cuando abrió los ojos tras el espanto inicial, descubrió con mayor espanto que Gladys había desaparecido. Quiso gritar su nombre, cuando recordó que Gladys solía hacer así las cosas. La metía en una aventura, la conducía hasta las mismas puertas del cuento y una vez allí se evaporaba, la dejaba sola para que se las arreglase como pudiera. Y ahora iba a ser un rato difícil porque las pisadas de los ogros estaban cada vez más y más cerca, aproximándose. Claudia se puso a temblar, los dientes le castañeteaban y tenía unas enormes ganas de hacer pis.

Una enorme risotada la obligó a abrir los ojos. A la altura de su nariz sólo pudo ver unos zapatones gigantescos a los que, en otro momento, hubiera trepado con gusto para jugar.

—Jo, jo, jo —exclamaba el gigantón desde su altura—. Una niña miedosa, ¡cómo nos vamos a divertir! —su mano enorme, por lo menos diez o veinte veces mayor que la de Gladys, y eso que la de Gladys era enorme, fue a buscarla cogiéndola con una sorprendente delicadeza. Claudia apretó fuertemente los párpados, no quería ver quién ni adonde la llevaba. Sólo abrió los ojos cuando no sintió movimiento alguno, cuando escuchó el silencio. Pero entonces fue aún peor. Claudia se encontraba sobre una plataforma circular y unos cuantos ojos la contemplaban



expectantes.

—Es mi trofeo, yo la he descubierto —dijo el de los zapatos—. Es mi botín y yo solo, sólo yo me la zamparé.

Claudia no pudo por menos de protestar.

—Yo no soy tu botín; me llamo Claudia y si me zampas tú a mí, yo te zamparé a ti.

—Jo, jo, jo, qué graciosa la pequeña. Dime una cosa, Claudita...

—Me llamo Claudia, no Claudita —protestó la niña.

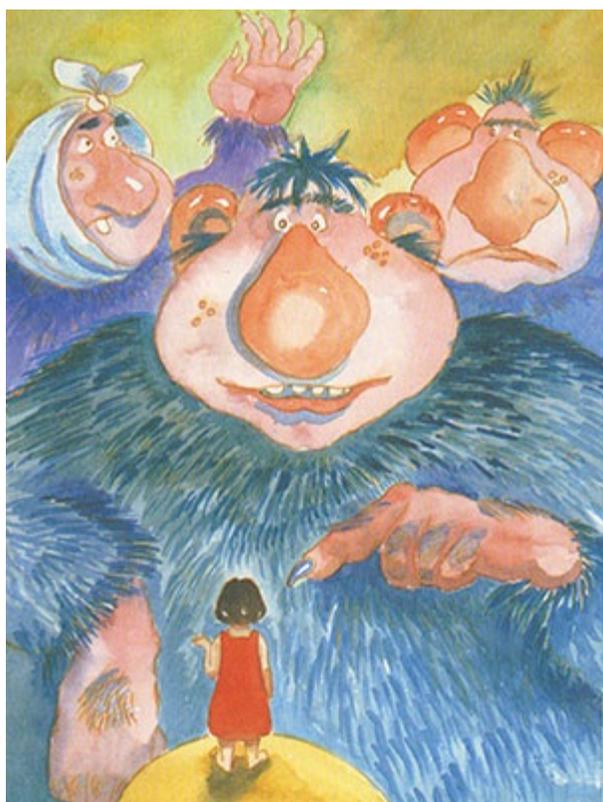
—Está bien, doña Claudia, nacida el trece de abril —¿cómo lo sabía aquel ogro? ¿Cómo habíadescubierto la fecha de su cumpleaños?—. Dime cómo vas a ser capaz de tragarte a un gigantón como yo, jo, jo, jo...

—No lo sé, pero si te atreves a tocarme, haré que te duelan las tripas y luego tendrá que venir un médico y te pondrá unas horrorosas inyecciones.

Fue decir esto y el ogro quedó paralizado; en realidad, todos los ogros allá presentes se miraron los unos a los otros como si estuviera a punto de suceder un cataclismo. Y tras una pausa, los gigantones se pusieron a sollozar.

—Ay, ay, ay... ¡qué desgraciados somos! Nadie nos quiere y nadie nos querrá.

—Claro —les explicó Claudia creciéndose en su seguridad—, nadie os quiere porque sois unos ogros malísimos.



—Malísimos, tú lo has dicho, siempre estamos malísimos.

—¡Sois malísimos! —puntualizó la niña.

—¡Qué va!, somos más buenos que el pan recién sacado del horno, pero siempre estamos malos y por eso no nos quieren.

—¿Cómo es que siempre estáis malos?

Malos, enfermos, pochos —explicó el de las risotadas de antes—: Que si la tripa, que si la cabeza, y hasta los pies nos duelen. Y como todo lo tenemos tan grande, pues nos duele muchísimo.

Pues llamad al doctor.

—Eso quisiéramos —replicó uno al fondo—, pero ya es demasiado tarde.

—¿Por qué es demasiado tarde? —quiso saber Claudia.

—Cuando nacimos, éramos unos ogros como deben ser todos los ogros: gigantones, espantosos, espeluznantes.

Bastaba con citar nuestro nombre para que los niños se echaran a temblar. En otros tiempos los ogros éramos verdaderamente temidos. «¡Que viene el ogro!», decía cualquiera y antes de que retumbaran nuestros pasos, las aldeas y los pueblos quedaban vacíos. Sólo podíamos coger a algún rezagado, los sorderas que no se habían enterado de nuestra proximidad o los cojeras que corrían menos que los otros.

Otro de los ogros presentes continuó con el relato, porque el que estaba hablando no podía continuar a causa de sus sollozos; parecía ahogarse mientras las lagrimotas resbalaban por su cara.

—Así fue en el pasado, ciertamente. Pero un mal día uno de nosotros cayó enfermo. ¿Cómo íbamos a llamar a un médico? ¡Qué tontería! ¿Un ogro en manos de un doctor? ¿Y tendríamos que bajarnos los pantalones para que nos pusieran una inyeccioncita? ¡Ni hablar! No, no y mil veces no. Así comenzó todo...

—¿Todo el qué?

—Todo, todo significa todo, doña Claudia nacida el trece de abril. Todo. ¿Médicos?, ¡fuera! ¿Inyecciones?, ¡lejos! ¿Dentistas?, ¡qué horror! ¿Supositorios?, ¡que se los ponga otro! ¿Radiografías?, ¡y una porra! ¿Jarabes? ¡Uf, qué asco!, y así sucesivamente, uno tras otro, uno a uno, todos nos negábamos a ver al doctor cuando caíamos enfermos.

—¿Y os habéis curado?

—¡Qué va! Eso es lo malo. Que siempre estamos pochos y hechos una birria constante. Cuando no es tos, es jaqueca. Y cuando no nos duelen los pies, el estómago no nos deja en paz. Y así no se puede ser un ogro como Dios manda.

—Y ahora, ¿qué vais a hacer?

—Ser tus amigos, no nos queda otro remedio. Cada vez que encontramos a un niño o a una niña, le intentamos meter miedo en el cuerpo, le decimos que le vamos a comer y todas esas cosas que se esperan de nosotros, pero lo hacemos para conservar la tradición, nada más. Ahora estamos condenados a ser amigos de todo el mundo, aunque no nos guste. Pero, ¿sabes lo que pasa?

—¿Todavía más cosas? —se asombró Claudia.

—Claro que más cosas; nosotros, como somos tan grandotes, siempre estamos con un montón de cosas, más que todo el mundo. Lo peor de lo peor no te lo hemos contado todavía.

—Cuéntamelo, por favor.

—Pues que estamos obligados a ser amigos de todo el mundo y...

—Ser amigos de la gente no es malo, no sé por qué os quejáis.

—¿No podrás estarte un poquito callada, doña Claudia nacida el trece de abril?

—Trece, trece, mal número —dijo uno de ellos como para justificar la constante intromisión de la pequeña en su conversación—. ¡Qué mal número ni nada! —defendió otro—; eso son tontas supersticiones, habla porque tiene boca y pregunta porque quiere saber.

—Bueno, ¿podemos continuar?

—Por favor.

—Así está mejor. Pero lo malo de todo, lo malo malísimo es que obligados como estamos a ser amigos de todos, nadie nos acepta como amigos.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque somos ogros y gigantones. —Porque encima hay otra cosa todavía peor.

—¿Peor? —Claudia no podía imaginar que unos ogros gigantones lo pasaran tan mal.

—Peor que peor. Porque tú, dentro de todo, al principio al menos te has comportado bien, como deben comportarse todos los niños antes de conocernos.

—Es decir, con miedo. Nos has temido. Cuando estabas escondida y escuchabas nuestras

pisadas acercándose, ¿a que tenías miedo?

—Sí, un poco.

—Es natural. Pero hay uno, un chavalín impertinente, que no hace más que tomarnos el pelo. Corre que se las pela, siempre está yendo de un lado para otro, nos tira chinitas y se ríe cada vez que nos le encontramos. ¡Y si supieras la de veces que nos le encontramos! Yo creo que es el único niño de este mundo que no tiene miedo a los ogros. Nos mira, nos señala con el dedo, lo que es una evidente falta de educación, y se troncha de risa. ¿Crees que hay derecho?

—Ese niño, ¿se llama Pablito?

—Pablito, eso es. ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso le conoces?

—Pues sí, le conozco —reconoció Claudia—. Y es mi amigo.

Claudia miró por la ventana. Había comenzado a anochecer. No muy lejos de la casa se oía el canto de unos pájaros que comenzaban a preparar sus nidos para pasar la noche.

—Gladys, Gladys...

Gladys apareció a los pocos minutos en el dormitorio.

—¿Cómo está mi niña Claudia? ¿Y esa fiebre? —le tocó la frente—. Huy, huy, huy... qué caliente.

—¿Cuándo va a venir el doctor?

—Prontito, prontito, mi niña, ya no puede tardar. Pero tú no debes tenerle miedo, porque...

—Ya lo sé, Gladys. No tengo miedo al doctor. Dile que venga pronto, lo antes posible. Quiero ponerme buena en seguida.

Gladys sonrió. Incorporando a la pequeña, hizo que tomara un sorbito de zumo de lima azucarado con miel.

—Bebe, que esto te sentará bien. Ahora mismo voy a ver qué pasa con ese doctor. ¿Tú sabes?, con lo de la guerra faltan doctores y sobran enfermos. Pero mi niña tiene que ser tratada en seguida.

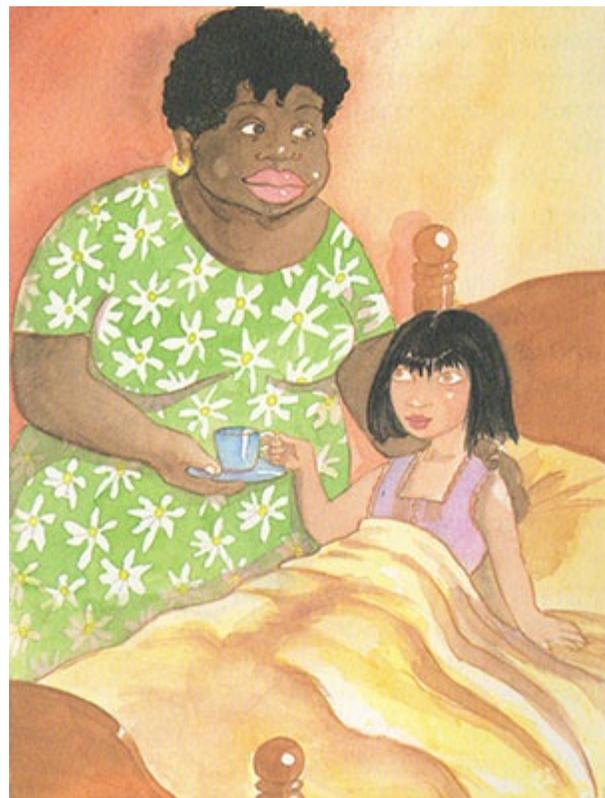
—No me importa que me ponga una inyección.

—Sólo te la pondrá si es necesario. Pero voy a buscarle, le voy a cantar las cuarenta, todo el día esperándole y mi niña enf ermita. Si por lo menos estuviera por aquí tu amigo, no te dejaría sola.

—No me importa quedarme sola. Además, Pablito está ocupado.

—Ocupado, ocupado, ése siempre está ocupado. ¡Si no tiene nada que hacer!

—¿Cómo que no? —protestó la niña—. Es el único niño del mundo que no tiene miedo a los ogros. Va, les señala con el dedo y se ríe de ellos. Y con la de ogros que hay, fíjate si tiene que hacer.



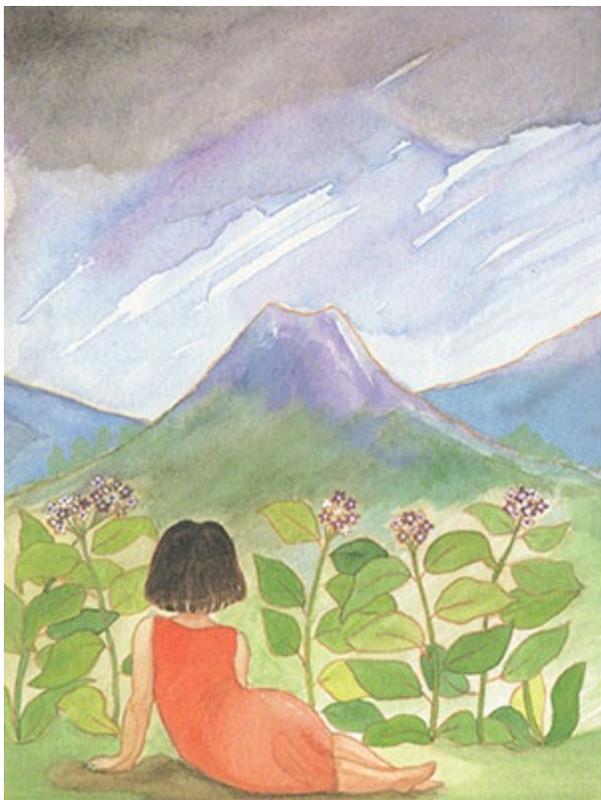
VI. La selva mágica

HACÍA muchos días que Pablito no aparecía por la casa. Claudia ya se había repuesto de su enfermedad, pero se sentía tremendamente sola. Las torrenciales lluvias de los finales de verano no hacían sino aumentar su desasosiego.

—Mamá, quiero ir contigo.

Claudia miraba hacia las nubes. Estaba absolutamente convencida de que su madre andaba por allá, jugueteando con el algodón del que caían las gotas de agua. De pequeña se ensimismaba cada vez que veía un paquete de algodón. Le parecía una maravilla aquella sustancia suave y blanda, capaz de estirarse en hebras y absorber cualquier líquido. Si era vino, el algodón se volvía rojo; verde si se trataba de pipermin, tostado cuando se empapaba de ron o de té.

En cierta ocasión estaba bañándose en el río Cucalaya —¿o acaso era en el río Huahua?, ¡qué más da!—, cuando notó que algo rozaba sus piernas desnudas. Cualquier otro niño se habría puesto a gritar, pensando por lo menos que una serpiente de agua estaba a punto de enroscarse en sus extremidades, pero Claudia permaneció inmóvil, imaginando que el algodón de la farmacia se había aposentado del lecho del río, y que allí se había desarrollado y crecido para darle la bienvenida. Leticia, desde la orilla, contempló horrorizada lo que estaba a punto de suceder. Lo que la niña no veía era la sombra de la fiera anfibia que se deslizaba dando vueltas alrededor de su cuerpecito. De haberse movido, de haber pataleado, el temible caimán podía haber atacado, partiendo en dos a la niña. Pero afortunadamente, Claudia permaneció inmóvil, ajena al peligro.



Cuando salió del agua, su madre la abrazó con emoción. Claudia habló del algodón, de lo que había estado pensando mientras se bañaba sin comprender el soponcio que había sufrido Gladys.

—Gladys, ¿qué te pasa?

—Ya nada, mi niña.

—¿Quieres bañarte conmigo?

—¡No! —y luego, ya más dulcemente—, no, niña Claudia. Y por hoy, ya nadie se va a bañar más en este río. Yo creo que nunca.

—Entonces, ¿te vienes conmigo a la selva?

—A esa selva no, mi niña, es una selva mágica, donde todo es posible, donde todo puede pasar.

—Yo quiero ir a la selva mágica.

—Hoy no, niña Claudia, hoy no... bastantes emociones he sufrido, no resistiría una más.

—Pero Gladys, ¿de verdad, de verdad que es una selva mágica?

—Claro que sí, todas las selvas son mágicas, pero esa selva es la más mágica de todas las selvas.

—¿Y eso por qué?

Gladys se fue a preparar la comida y Claudia se quedó sin respuesta. Pero aquella noche, mientras cantaban los grillos y las chicharras, Claudia decidió verificar la autenticidad de la selva mágica.

—Está muy lejos, no podré ir andando.

—No necesitas ir andando —la voz que le respondió le era conocida, pero no conseguía localizarla hasta que sus ojos verdes relumbraron en la oscuridad.

—¡El gato de luna!

—¿Quieres subir a mi lomo? —le preguntó el puma—. Soy fuerte, puedo llevarte a donde quieras.

—¿No te importa?

—No me importa, yo te lo ofrezco. Sube si quieres.

El puma se puso a correr por los campos nocturnos. En realidad, más que correr parecía flotar, pues sus saltos eran enormes, como si llevara resortes en la punta de las patas.

—Agárrate bien, no vayas a caerte.

Claudia sabía que eso era imposible porque en los cuentos ningún niño, ninguna niña, se ha caído nunca del lomo de un gato de luna. Pero estaba equivocada, porque el puma tropezó con algo y frenó en seco. Claudia dio con su trasero en el suelo.

—Pero, ¿qué pasa?



—Pasa que por aquí no pasa nadie —dijo la voz.

—Pues nosotros queremos pasar.

—Y yo digo que no.

—Yo a ti te conozco. Tú eres... tú eres... —Claudia tanteó con sus manos en la oscuridad—. ¡El fantasma!

—Ajá, la niña tonta.

—Y tú el fantoche.

—No empecemos.

—Pues no empecemos. Déjanos pasar que estoy buscando a un amigo.

—¿Cómo se llama? Tal vez yo le conozco.

—Se llama Pablito.

—No lo conozco —mintió el fantasma, pero lo hizo tan mal que se le notó.

Claro que le conoces, y no mientas o llamo a la polilla dorada.

Está bien, le conozco. Ha pasado por aquí varias veces en los últimos días. No sé adonde va, ni de dónde viene, porque nunca se está quieto.

—¿Y hacia dónde se ha dirigido?

—Creo que hacia el mar.

—Adiós, fantasma.

—Hasta la próxima, niña Claudia.

Pero con tanta charla, el puma se había desorientado.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—Al mar.

—¿Al mar? ¿Y hacia dónde está el mar?

—¿No lo sabes?

El gato de luna miró hacia arriba; pero era una noche oscura del todo, de luna nueva, es decir, sin luna visible, y sin una luna que le guiara era puma perdido.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

La polilla dorada acudió en su ayuda. No dijo nada, limitándose a iluminar las hojas de los árboles, la hierba de los prados.

Claudia, por su parte, prestó atención a lo que se podía escuchar. En la dirección marcada por la luz de la polilla se oía un sonido monótono que ella identificó como el de la marea.

—Por ahí, gato de luna, por ahí —dijo señalando con la mano—. Corre.

—Voy corriendo.

—Iremos a la playa y le preguntaremos a Pina si ha visto a Pablito.

Pero cuando llegaron a la orilla del mar, Pina no apareció por ninguna parte.

—¡Pina, Pina, soy yo, Claudia! —pero Pina no estaba.

—Tendré que ir a visitar a mi amigo el pulpo.

—Pues conmigo no cuentes, querida niña —dijo el puma—. Yo te aguardo aquí, pero en el agua no me meto —y es que de todos es sabido lo poco que les divierte a los felinos bañarse en el mar. Por lo que Claudia tuvo que bajar ella sola a buscar al pulpo a quien le gustaban los sombreros.

Primero se tropezó con las abúlicas estrellas de mar, luego escuchó una adivinanza a sus espaldas y supo que había llegado a su destino:

—¿Quién sale cada día, pero se queda en casa?

—El caracol —respondió Claudia sin vacilar.

—Ahora tú, ahora tú —insistió el pulpo que ahora llevaba un bombín muy elegante—. ¿Te gusta mi sombrero?

—Es precioso, me encanta, pero he venido a...

—Antes la adivinanza.

—Bueno, está bien, a ver si me acuerdo de alguna... Una muy fácil para ti que estás en el mar: ¿Qué animal tiene los huesos fuera y la carne dentro?

—¿Cuál va a ser, amiguita? La langosta, naturalmente.

—Y hablando de langosta, ¿has visto a la pescadora de langostas y corales?

—¿A tu amiga Pina?

—Sí. ¿La has visto?

—Muchas veces. Baja, burbujea, pesca, mueve las aletas, se marcha hacia arriba, vuelve a bajar, burbujea...

—¡Para, para!, no repitas siempre lo mismo. ¿La has visto hoy o no la has visto?

—No la he visto. ¿Para qué la necesitas?

—Para que me diga dónde puedo encontrar a Pablito.

—Dos compañeras van al compás, con los pies delante y los ojos detrás. ¿Cómo se llaman?

Claudia se marchó de allá pensando que el pulpo podía aclararle poca cosa; salvo en lo de las adivinanzas («dos compañeras van al compás, con los pies delante y los ojos atrás», ¿sabes quiénes son?... las tijeras, claro.), no tenía ni idea de dónde estaba Pina ni adonde había ido Pablito.

En la orilla, el puma bostezaba.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, pero no sé adonde. El pulpo no me ha ayudado mucho, Pina no está... ¡Los frijoles mimosos! A Pablito le encantan los frijoles.

—Momotombo, Mombacho... —recapacitó en voz alta el puma.

—Sí, ¿cómo sabes dónde están?

—Tú me lo has contado.

—¿Cuándo te he contado lo de los volcanes y los frijoles?

—En otro capítulo del cuento.

—Ah, entonces, ¿tú crees que todo esto es un cuento? —protestó Claudia.

—A mí me da igual —el gato de luna se encogió de hombros disponiéndose a acoger sobre ellos el cuerpo menudo de Claudia—. Te llevo a donde quieras, porque eres mi amiga.

—Gracias, tú también eres mi amigo, pero compéndelo, por muy amigo que seas, yo necesito de un niño para jugar (en el fondo le hubiera gustado decir que lo que necesitaba era una madre, pero se sintió triste y prefirió no pensarlo por el momento).

—Lo comprendo. Por eso estamos buscando a Pablito, ¿no?

—Eso es.

—¿Y no crees que con la guerra...?

—Pero, ¡qué cosas dices! Pablito sabe esconderse, sabe escurrirse y librarse de todo. Vamos, corre, hablaremos con los frijoles.

El puma se puso a galopar por las praderas del cielo. Claudia cerraba los ojos con una sonrisa, para sentir con mayor satisfacción el roce de las nubes.

El volcán estaba allí, al fondo de la selva, o, mejor, rodeado de selvas, como una gallina clueca alrededor de sus polluelos.

—No tendrás miedo a meterte en el interior del cráter, ¿verdad? —el puma se sintió ofendido.

—No tengo miedo de nada.

—¿Y el mar?

—Eso fue otra cosa. Algún día te contaré la historia de por qué los gatos de luna no podemos bañarnos en el mar. ¿O quieres que te la cuente ahora?

—Luego. Ahora tenemos que hablar con los frijoles. Ellos quizá sepan dónde se encuentra Pablito.

Pero Claudia se sintió decepcionada al ver cómo los frijoles no la hicieron ni caso, apenas respondieron a su saludo.

—Hola, frijoles.

—Hola, hola, pero ahora no podemos atenderte.

—¿Qué pasa?

—Mejor pregunta: ¿qué va a pasar?

—Está bien, ¿qué va a pasar?

—Se acerca, se está acercando... —¿El qué?

—Escucha atentamente y lo sabrás —y como Claudia no demostrara adivinar la causa de su temor, le indicaron—: Pon tus orejas en el suelo. Nosotros tenemos las raíces metidas en la tierra y por eso lo sabemos antes que vosotros. Escucha atentamente.

Claudia pegó la cara al suelo y escuchó un ruido como de borbotones de agua o de pisadas retumbonas. Se imaginó que se trataba de los ogros amigos.

—¿Aún no sabes distinguir lo que hacen los personajes de lo que hace la naturaleza? ¿Quién te ha enseñado a vivir, niña Claudia? Dile a tu mamá que...

—No puedo, ya no está conmigo.

—Bueno, si no está contigo tu mamá, te lo voy a explicar yo. Ese ruido lejano que escuchas es un fenómeno natural, pero peligroso. ¿No has oído hablar nunca de los terremotos?

Conque ¡era eso! En efecto, no eran borbotones ni pisadas, sino como resquebrajamientos.

—La tierra empieza a protestar, niña Claudia, como en tiempo de los nicaraos, de los nagranda-nos, de los chontales, de los caribises...

—¿Y qué puedo hacer?

—Muchas cosas. Desde quedarte aquí a ver qué pasa, a seguir con ese gato de luna por la selva mágica, hasta...

—Si me quedo, ¿qué pasará?

—Puede que el volcán reviente.

—¿Y si me marchó con el gato de luna?

—Puede que la selva deje de ser mágica y se convierta en un infierno de fuego.

—¿Y qué más puedo hacer?

—Puedes regresar a casa... y...

—Antes tengo que encontrar a Pablito.

—Deja en paz a Pablito, que él ya está a salvo. Ahora sálvate tú, regresa a casa, avisa a los tuyos y que ellos se salven también.

—Adiós, amigos frijoles... Vamos, amigo puma.

El puma sonrió satisfecho interiormente, pues no en vano aquélla era la primera vez que Claudia le llamaba «puma», lo que era tanto como reconocer por fin su auténtica naturaleza.

—Agárrate bien, que vamos a ir más rápidos que el rayo.

—¿Y si no llegamos a tiempo?

—Llegaremos, sólo tenemos que cruzar el valle, luego la selva, atravesar los maizales...

—Uf, uf, eso es muy largo. No llegaremos.

—No se me ocurre otra idea mejor. ¿A ti sí?

—Tal vez... —Claudia quedó pensativa, rascándose la coronilla. Y de repente se imaginó

viajando a través del arco iris nocturno—. Por favor, polilla, ayúdanos, tenemos que llegar antes que el terremoto.

La polilla no apareció, como si no hubiera escuchado su súplica. Durante unos instantes no se escuchó más que el crujido ahogado del suelo que comenzaba a temblar. Y de repente, en medio de la noche, para los ojos que lo supieran ver, apareció el arco iris.

—¡Corre, puma, corre! Ahí está el arco iris. Métete en él. Tenemos que llegar a casa antes que el terremoto.

El puma, con Claudia a sus lomos, saltó al interior del arco iris. Por unos instantes, niña y felino fueron invadidos por todos los colores de la naturaleza. Y al momento se volvieron blancos, pues blanco es el color que suma todos los colores. Coge un círculo de cartulina, pinta en él rayas de todos los colores, hazle girar con un eje en el centro, ¿y qué color vas a ver? El blanco. No el negro, como creen muchos ignorantes, sino el blanco. Y blancos se volvieron Claudia y el gato de luna, y a través del blanco purísimo llegaron a la ciudad mucho antes de que llegara el temblor de tierra.



—Gladys, ¡Gladys!, apúrate...

—Mi niña, ¿dónde te habías metido?

—Luego te lo cuento, Gladys, ahora tienes que avisar a todo el mundo.

—Avisar, ¿de qué, niña Claudia? —y cuando lo supo, comenzó a santiguarse repetidas veces

—. Ave María Purísima, niña Claudia, si ya lo decía yo... Pero, ¿cómo lo has sabido, niña Claudia?

—Luego te lo cuento.

—Tenemos que prepararnos, pero no sé cómo hay que prepararse. ¡Ay, ay, ay, mamá Leticia!

Que no sé qué hacer. —Se quejó Gladys durante unos minutos en los que iba y venía por la habitación, dando vueltas sin rumbo fijo. Pero luego, más calmada tras beber su vasito de ron, ¡claro que supo lo que hacer! Y gracias a su aviso, la gente pudo protegerse de lo que se avecinaba.

Los platos y los vasos comenzaron a caer de las estanterías. Los cristales se rompieron en las ventanas, las maderas saltaban bajo el efecto de la presión. «Mamá Leticia, échanos una mano, primero la guerra y ahora el terremoto. ¿No dejaremos nunca de sufrir? Un poquito de piedad, mamá Leticia, un poquito de paz...», rezó Gladys con los puños apretados muy cerca de su corazón. Y los temblores se hicieron cada vez más débiles. Todos aguardaban inquietos la segunda sacudida que, según parece, es la peor. Pero esta segunda sacudida no tuvo lugar.

En lo más profundo de la selva se oyó el rugir de un puma. Claudia se besó la punta de los dedos y sopló para que el beso volara en aquella dirección.

VII. Te Deum

LA catedral estaba repleta de fieles. Varios centenares de personas se habían dado cita para agradecer a Dios el que el terremoto no hubiera acabado con sus vidas y haciendas.

—Dios mío —pensaba Gladys—, el día en que termine la guerra, todo el país, creyentes y no creyentes, vendrá aquí a dar la mano al hermano, al amigo. Cuando los extranjeros comprendan que este país es nuestro y sólo nuestro, será posible la paz y entonces todas las campanas sonarán al unísono y el «Te Deum» será el más grandioso de todas las Américas.

Claudia miraba el suelo de mármol, no se atrevía a levantar la cabeza porque sabía que allá arriba estaba «ella», ella misma, con la sonrisa en los labios o, incluso, con el ojo guiñado. Aunque estaba convencida de que eso del guiño no era sino un reflejo bromista de las vidrieras multicolores. Además estaba con la cabeza gacha porque se sentía triste. Aún recordaba la última Navidad pasada al lado de su madre. A través de la televisión veían cómo en el norte o, más allá, en Europa, la nieve era compañera de esos días festivos. Pero Claudia no conocía la nieve; todo lo más iban a la tienda y compraban unos saquitos con polvos blancos con los que rociaban el árbol antes de colgar en él los regalos. La catedral era para Claudia el punto de comienzo de muchas cosas.

—Niña Claudia, estás distraída —Gladys la atrajo hacia sí con cariño.

Claro que estaba distraída; su pensamiento estaba muy lejos de aquella reunión de acción de gracias, tan lejos como está la tierra del cielo.

—Mamá, quiero estar a tu lado.

Esperó obtener una respuesta, o algún símbolo que le indicara que la súplica había sido escuchada por su madre. Pero sólo había una música de órgano que envolvía las palabras del predicador.

Tuvo una idea repentina; alocada, lo sabía, pero absolutamente necesaria en esos momentos. Dentro del templo había unos andamios que conducían hacia la cúpula; sin duda estaban de limpieza o de restauración. Si ella conseguía trepar hasta lo más alto, quizá mamá Leticia la escuchara y la llevara a su lado. Claudia sonrió, porque ya se estaba imaginando el gesto de pavor de Gladys al verla allá arriba, encaramada.

—Te vas a matar, niña Claudia, ¡baja ahora mismo de ahí!, por favor...

—¿Quieres que le diga algo a mamá de tu parte?

—No, niña Claudia, ya se lo diré yo misma desde aquí. Ahora baja, no te vayas a caer, madrecita, madrecita...

Claudia recostó la cabeza sobre el regazo de su amiga Gladys. Soñar no costaba ningún esfuerzo, sobre todo cuando había sido la propia Gladys la que le había enseñado que en la oscuridad y en la soledad todo era posible si uno se lo proponía con el pensamiento.

En ese momento alguien tiró del borde de su falda. En el suelo, tumbado bajo el banco de madera, apareció el brazo y la cabeza picaruela de Pablito.

—¿Qué haces ahí? —preguntó con voz queda para no llamar la atención.

—He venido a buscarte.

—Yo sí que te he buscado por todas partes. ¿Dónde te habías metido?

—He estado con unos amigos tuyos.

—¿Con qué amigos?

—Muchos, de la selva, del mar.

—¿Has visto a Pina?

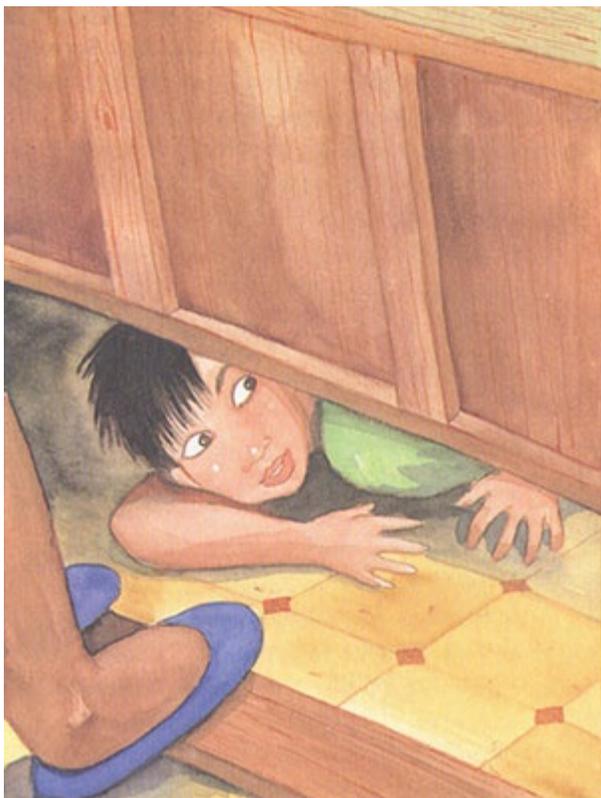
—Claro que sí, y he bajado a bucear con ella; la he ayudado a coger coral y a fabricar collares.

—¿Y has bajado muy, muy hondo? —Claudia quería saber algo más. Porque Pina, a fin de cuentas, era una persona. Pero ella tenía otros amigos diferentes.

—He bajado hasta donde el agua pasa del verde al azul oscuro; hasta donde ya casi no se mete el sol por temor a quedar atrapado en el agua.

—¿Has visto las estrellas de mar?

—Claro.



—¿Y has visto a... a...? —Claudia no se atrevía a confesarle su amistad con el pulpo al que le gustaban los sombreros. Pablito pensaría que estaba loca, o en todo caso, si él no compartía ese conocimiento, se sentiría aún más sola, incomprendida y triste.

Pablito le guiñó un ojo, siempre sin salir de su escondite de debajo del banco y le hizo la siguiente pregunta que implicaba una adivinanza:

—¿Quién anda sin tener pies? ¿Lo sabes?

—El reloj —respondió Claudia satisfecha; ahora sabía que Pablito era el mejor amigo con el que podía haber soñado nunca y que con él podría jugar a lo que no podría jugar con nadie más, si exceptuamos a Gladys. Claudia quiso decirle algo más sobre el mar, sobre el pulpo que se miraba en el espejo, sobre..., pero Pablito ya no estaba allí. Sin duda se había escondido para no ser descubierto, pero volvería al cabo de un momento.

El órgano cambió de melodía. Ésta la recordaba Claudia muy bien, porque era una que su madre solía interpretar al piano.

—Mamá...

Oyó un susurro a sus espaldas y su primera intención fue la de volverse, pero la voz se lo impidió con un tono dulce:

—Por favor, no te vuelvas, sencillamente escúchame. Tengo tantas ganas de estar a tu lado como tú, pero no es posible, mi niña, tú tienes toda la vida por delante, toda. La guerra terminará algún día y este país volverá a ser tan hermoso como lo ha sido siempre, como lo sigue siendo en corazones como el tuyo. Mientras tanto, tú debes jugar con Pablito, debes ir a ver a Pina para que te cuente todos los secretos del mar. Debes cuidar de Gladys que, aunque ella no quiera reconocerlo, cada vez está más mayor. Y tú, Claudia, mi niña, debes crecer y hacerte una

mujercita. Debes alcanzar tu primavera y ser amiga de tus amigos y pasear por la selva y contemplar los volcanes y dejar que los ríos sigan su curso y ver cómo se llena de estrellas la laguna por la noche. Debes vivir, Claudia, debes vivir...

—Pero yo quiero estar a tu lado.

—¿Acaso no lo estás cada vez que piensas en mí? Pero eso no debe impedirte ser feliz en esta vida; comprende que yo no sería feliz si tú no fueras feliz. Y si sigues pensando en mí como lo haces, serás muy desdichada, porque todavía queda mucho para que nos encontremos, y así tiene que ser.

El soplo que había notado en su nuca pareció desvanecerse y entonces estuvo segura de que podía volverse sin temor a descubrir a sus espaldas a su querida mamá.

—Oye, ¿qué es lo que te apetece hacer?

Pablito estaba ahora detrás de una columna, en la oscuridad de un rincón, pero sus ojos seguían siendo tan luminosos como siempre. Claudia no supo qué decirle. ¿Qué es lo que tenía que hacer? ¿Y si era verdad que Gladys y sus amigos la necesitaban? ¿Y si era cierto que sólo con pensar en su madre se volvería una niña muy triste que entristecería a los demás?

—Venga, dime, ¿qué te pasa? —insistió Pablito.

—Es que... —no sabía cómo decírselo—. Es que quiero ir con mamá, pero también quiero quedarme contigo y con Gladys y con Pina y con el pulpo al que le gus... —se interrumpió bruscamente; sabía que lo quería todo, estar allá y acá, tener por amigos a personas y personajes, que la imaginación fuera parte de su vida y que su vida no dependiera sólo de los recuerdos. «Soy una egoísta», se dijo con el pensamiento.

—No es eso —le respondió Pablito como si fuera capaz de leer en la cabeza de uno—; lo que pasa es que te gustan demasiadas cosas.

—Y entonces, ¿qué puedo hacer? Es imposible estar en dos sitios al tiempo.

—¿Imposible? —Pablito se echó a reír, pero de forma disimulada para que los demás feligreses no le llamaran la atención—. Nada es imposible y tú lo sabes.

—Sé que es imposible. No puedo estar aquí y allí.

—Pero Claudia, ¿recuerdas quién se enfadaba contigo porque te llamaba «niña lógica»?

—Sí, claro, pero tú, ¿cómo lo sabes?

—Algún día te lo contaré. Pero ahora quiero que me digas que sí, que es posible estar aquí y allí a la vez. Tienes que decírmelo, Claudia, tienes que decírmelo y sólo así será posible.

Seguramente, se dijo Claudia, aquella conversación con Pablito también era imaginaria. Pero, ¿qué costaba complacerle? A fin de cuentas, le hubiera gustado tanto quedarse en la tierra, pero estando al mismo tiempo en el cielo...

—Sí, sí —afirmó cada vez más convencida—, es posible estar aquí y allí.

—Así me gusta —aplaudió Pablito. Y se perdió por la oscuridad.

—¿Adónde vas? No te vayas.

—No me voy. Observa, Claudia; verás cómo todo es posible si uno lo quiere de verdad.

Los redondos ojos de la niña, esos ojos que creían haberlo visto ya todo, esos ojos curiosos y apasionados, siguieron a Pablito en la oscuridad; y como eran unos ojos capaces de ver en esta

oscuridad, no tuvieron problema para localizar al niño trepando por la parte inferior de los andamios, con el firme propósito de alcanzar su cima.

Para apartar el espanto de verle caer en sus piruetas, Claudia transformó por unos momentos el templo en un circo. A fin de cuentas, no era nada irrespetuoso, ya que aquel día era un día gozoso, en que se estaba celebrando una reunión de alegría. Bastaba con sustituir el órgano por el redoble del tambor, y el andamio por el trapecio.

—Hale, ¡hopp!

Pablito saltaba de tabla en tabla, se agarraba a una maroma y trepaba por una soga, evitaba un cubo de pintura (¿te imaginas cómo se habrían puesto los de abajo si el cubo hubiera caído sobre sus cabezas?), regateaba un alambre y seguía hacia arriba, siempre hacia arriba.

Entonces fue cuando Claudia vio por vez primera en aquel día el angelote de piedra, su angelote. ¿Guiñaba el ojo como la otra vez? No, claro, había sido un efecto visual, como ella sospechaba. Estaba allí, junto con los demás, pero distinguiéndose porque era el único sin el cabello rizado. Pablito trepó hasta su costado y, al menos eso le pareció a Claudia, le susurró unas palabras al oído.

Claudia miró discretamente a derecha y a izquierda, como para ver si alguien se había dado cuenta de lo que hacía su amigo Pablito en las alturas. Pero no, todo el mundo seguía con atención lo que se desarrollaba en el altar mayor, sin que nadie levantase la cabeza hacia la parte superior del templo. Es más, si alguien hubiera levantado la cabeza, ¿acaso lo habría visto? Claudia notó unos ojos fijos en ella y hubiera hecho cualquier cosa para que no siguieran la línea de su mirada, pero ya era tarde. Gladys había descubierto lo que ella soñaba.

—Mamá Leticia está allá arriba, ya lo sé. Y me ha dicho que tienes que ser feliz con nosotros.

—Sí, Gladys, pero me gustaría tanto ir a su lado.

—Ya no lo necesitas, niña Claudia. Mira... —y fue la propia Gladys la que señaló a la parte superior del andamio, hasta donde había trepado Pablito. El niño repitió unas palabras al oído del angelote de piedra y luego aguardó, haciendo un gesto hacia los bancos de madera de que había que esperar.

Claudia sintió un temblor que le recorría todo el cuerpo y se agarró a la mano de Gladys.

—No tengas miedo, niña Claudia.

—Pero, ¿qué va a pasar?

—Lo que tú desees, mi niña.

—Es imposible.

—No digas más que es imposible. Deja que tu corazón palpite con todo su amor. Sueña a través de tus hermosos ojos redondos, mi niña... Mira.

Claudia miró. Y lo que vio le llenó los ojos de lágrimas: mientras sonaban los más esplendorosos acordes de la música de órgano preferida de su madre, Claudia pudo contemplar cómo el angelote de piedra levantaba el vuelo; primero lentamente, como si sus alas no estuvieran acostumbradas a volar, pero luego ya con más soltura, alegre, felizmente hacia el cielo.

Desde el andamio, Pablito agitó la mano en gesto de despedida. Gladys, disimuladamente, lo hizo desde el banco de madera. Claudia notó cómo el

pecho se le llenaba de emoción y dio las gracias a los otros amigos, a los frijoles mimosos, al pulpo a quien tanto le gustaban los sombreros, a la polilla de oro, al fantasma de la oscuridad, al gato de luna y hasta a las estrellas de mar.

—Mamá, allá voy, contigo —pudo decir.

—Mamá, me quedo con mis amigos —también éstas pudieron ser sus palabras.

El ángel de piedra, que ya no parecía de piedra sino de algodón, de aire, de soplo, de viento, de pensamiento y amor, continuó su vuelo hasta lo más alto. Y antes de perderse en un cielo absolutamente azul se volvió un instante para guiñarle el ojo, por última vez, a la niña Claudia.





Dedicado a la escritura desde los veintidós años, ha sido guionista de radio, televisión y cine, además de colaborar en medios escritos.

Es autor de novelas para niños, jóvenes y adultos.

Utiliza el pseudónimo de Ulises Cabal, con el que ha publicado, entre otros, algunos relatos sobre misterios que hay que resolver como *El misterio del colegio embrujado*.